

Volumen

2

CONEXIÓN AMÉRICA LATINA

EL FENÓMENO BORIC

● EUGENIO TIRONI

**¿REFORMA O REFUNDACIÓN?
EL DILEMA DEL GOBIERNO DE
BORIC Y EL APRUEBO DIGNIDAD**

● IGNACIO WALKER

**PLATAFORMA
DEMOCRÁTICA**

FUNDAÇÃO FHC
CENTRO EDELSTEIN

PLATAFORMADEMOCRATICA.ORG





Plataforma Democrática (www.plataformademocratica.org) es una iniciativa de la Fundación Fernando Henrique Cardoso y el Centro Edelstein de Investigación Social, dedicada a fortalecer las instituciones y la cultura democrática en América Latina mediante el debate plural de ideas sobre las transformaciones de la sociedad y la política en la región y el mundo.

COLECCIÓN: Conexión América Latina, editada por
Bernardo Sorj y Sergio Fausto

DISEÑO GRÁFICO: Lisia Lemes / Lilemes Comunicação

Copyright © Ediciones Plataforma Democrática
São Paulo: Ediciones Plataforma Democrática, 2022

Eugenio Tironi, “El fenómeno Boric”, Ignacio Walker, “¿Reforma o refundación?
El dilema del gobierno de Boric y el Apruebo Dignidad”

San Pablo: Ediciones Plataforma Democrática, 2022.

56 p. (Conexión América Latina)

ISBN: 978-65-87503-24-0

1.Sociologia. I. Tironi, Eugenio y Walker, Ignacio.Título. III. Série

CDU: 316

CDD: 301 Ignacio Waler

Esta obra puede ser reproducida gratuitamente para fines no comerciales, en su totalidad o en parte, siempre que se indique debidamente la publicación de origen y el autor.





CONEXIÓN **AMÉRICA LATINA**





PRESENTACIÓN

En la serie *Conexión América Latina*, publicada por *Plataforma Democrática*, los lectores encontrarán ensayos sobre los cambios políticos, culturales y socioeconómicos que afectan a la calidad de la democracia en América Latina, si no a su propia existencia, ya sea en países específicos, en partes de la región o en la región en su conjunto.

Los textos están dirigidos al público interesado en los caminos y descaminos de América Latina: especialistas, académicos, periodistas, políticos, empresarios, activistas y ciudadanos que buscan comprender mejor los destinos de nuestra región.

EL FENÓMENO BORIC

● EUGENIO TIRONI

El 11 de marzo de 2022, Gabriel Boric Font, de 36 años, nacido en la zona de Magallanes, al sur de Chile, agnóstico, soltero, asumió oficialmente el cargo de presidente de Chile¹. Lo acompaña un gabinete paritario, intergeneracional, formado por militantes e independientes, cuya tarea será liderar un país que durante este último tiempo ha enfrentado revueltas y elecciones que han mostrado nuevas identidades y urgencias. Años breves, en los que han emergido tendencias sociológicas y factores históricos de más largo aliento, los cuales han desembocado en un inédito proceso constituyente y en la elección del mandatario más joven de nuestra historia política.

El “estallido”

Las masivas manifestaciones que siguieron a la sorpresiva quema de estaciones del metro de Santiago el 18 de octubre de 2019 y los *riots* que estallaron en todas las ciudades del país, dejaron en evidencia que Chile no era el “oasis” del que se jactaba el presidente Sebastián Piñera solo días antes frente a la prensa extranjera. Entre los diversos malestares y aspiraciones que salieron a la luz en esas fechas, hubo uno que llamó la atención: el derrocamiento del presidente Salvador Allende seguía siendo una herida que

1. Este artículo fue escrito a solicitud de la Fundación Fernando H. Cardoso, San Pablo, Brasil

no se había reparado y era fuente de un sordo resentimiento. Aparte de lo más horrendo —la violación masiva de los derechos humanos—, a dicho acontecimiento se le asocia al fin de un tipo de sociedad que se rememora con nostalgia. Tras el golpe militar de 1973, de hecho, Chile pasó desde un “modelo europeo”, con un capitalismo volcado hacia adentro donde el Estado, los partidos políticos, los gremios y los sindicatos ocupaban un relevante rol de articulación, a un “modelo estadounidense”, con un capitalismo volcado hacia afuera y basado en el mercado, la empresa privada friedmaniana y el esfuerzo individual. Este quiebre, hay que decirlo, alcanzó una dimensión planetaria luego que colapsara el contrapeso de la URSS y el comunismo. Sin embargo, durante la dictadura, aquí en Chile alcanzó una pureza de laboratorio. A excepción de los más pobres, la gestión de los logros y fatalidades de la vida quedó entregada a las capacidades de cada individuo en el mercado, mientras el Estado se enfocó a dar soporte a los más vulnerables, a regular suavemente y con poca capacidad de fiscalización, a promover la inversión y el crecimiento económico.

La Concertación introdujo reformas a ese modelo, a pesar de la resistencia de la derecha y el miedo del empresariado². Digamos que lo “europeizaron, pero no modificaron sus fundamentos, en parte por los candados de la Constitución vigente y en parte por decisión propia³. Como sea, la fórmula funcionó, como lo prueba el masivo respaldo que le entregó la ciudadanía por dos décadas. Su éxito descansó en un ingrediente: el crecimiento económico, que permitió a la población dar un salto gigantesco en sus condiciones de vida y en sus expectativas de progreso en los marcos de una sociedad capitalista.

Entre tanto, el tipo de modernización adoptado fue erosionando gradualmente las instituciones que, junto al Estado, se han encargado tradicionalmente de hacer sentir a la población que es parte de una comunidad

2. La Concertación de Partidos por la Democracia —más conocida como Concertación— fue una coalición de partidos políticos de izquierda, centroizquierda y centro, que gobernó Chile durante cuatro administraciones, desde el 11 de marzo de 1990 hasta el 11 de marzo de 2010, cuando llegó a la presidencia Sebastián Piñera.

3. Ver Eugenio Tironi, *Crónica de Viaje. Chile y la ruta de la felicidad*. Santiago: El Mercurio - Aguilar, 2006.

a la que se accede por derecho propio. Los núcleos familiares con ambos padres se volvieron más escasos, así como la disposición de los hijos a hacerse cargo de sus progenitores ancianos. El sentimiento religioso se contrajo y la Iglesia católica, como institución integradora, se desfondó por los abusos de índole sexual. Los partidos políticos se volvieron maquinarias electorales y los sindicatos siguieron languideciendo. Las ideas de república y nación fueron cuestionadas por la emergencia de los pueblos originarios. El único mecanismo de protección y coordinación que siguió en pie, a pesar de recurrentes escándalos de colusión y financiamiento irregular de la política, fue el mercado. Para crear cohesión social, sin embargo, este necesitaba del elixir del crecimiento, a falta del cual sobreviene la frustración y la angustia, multiplicadas ahora por las redes sociales.

Ahora bien, desde la crisis mundial de 2008 el crecimiento económico en Chile se volvió esquivo. Esto llevó a los electores a volcarse en 2010 hacia quien pensaron podría recuperarlo: el empresario Sebastián Piñera. Estas expectativas no fueron satisfechas, y la ciudadanía salió a las calles en 2011 a protestar con los estudiantes, que demandaban mejor educación y el fin de “el modelo”. Michelle Bachelet hizo suyas estas banderas y regresó a La Moneda —esta vez acompañada del Partido Comunista— respaldada por una votación abrumadora. Pero su ímpetu reformista no revirtió el estancamiento e hizo que la clase media sintiera su estatus amenazado. El electorado regresó nuevamente a Piñera, quien volvió a triunfar en 2017, pero rápidamente la gente sintió que las cosas seguían igual o peor. Otra vez irrumpió la protesta, y esta vez más masiva, radical y violenta. Fue así como se llegó a la noche del 18 de octubre, cuando la quema del metro de Santiago desató una ola de violencia y saqueos sin parangón, dejando numerosos muertos y miles de detenidos.

En los días posteriores del llamado “estallido” hubo varias interpretaciones que batallaron por imponerse. Para algunos —entre ellos el propio presidente Piñera— todo se explicaría por el ataque de agentes extranjeros; otros destacaron el papel de las redes sociales, de la TV, de la corrupción, del ensimismamiento de los políticos, del bajo crecimiento económico, del quiebre generacional y de la desigualdad. De todo eso hubo un poco, no hay duda, pero ninguno de estos factores explicaba por sí solo lo que había

ocurrido. Bien o mal, la sociedad chilena había logrado convivir con todo ello por largo tiempo sin que se produjera un conflicto de esta envergadura.

¿Cuál fue la chispa?

El sociólogo Bruno Latour y su escuela ocupan un concepto que podría ayudar a dar luces al proceso que derivó en la irrupción de Gabriel Boric⁴. Hablan de “desborde” para referirse al tipo de fenómeno que se desata cuando artefactos creados por la acción humana, que estaban bajo el control de los expertos y se desenvolvían automáticamente al punto de asumirse como naturales, imprevistamente se salen de su cauce y asumen vida propia bajo formas que no tienen precedentes, lo que desata la alarma y la incertidumbre. El conocimiento disponible, así como no pudo prevenir ni anticipar su emergencia, es impotente para pronosticar su evolución pues no conoce sus causas, ni sus efectos, ni su duración, ni sus remedios.

En Chile se sabía que, para millones de familias, el dinero no alcanzaba ni llegaba a fin de mes; que el nivel de desigualdad se volvía cada vez más irritante, pues chocaba con el discurso meritocrático; que cundía la angustia de no tener control sobre la propia vida por una sociedad donde todo está regulado por los automatismos del mercado y donde las autoridades se refugian en explicaciones técnicas, recomendaciones frívolas o bromas ingeniosas⁵; que se acumulaba la rabia ante una oligarquía política que

4. Para mayor detalle ver *El desborde* (Santiago: Planeta, 2020), libro donde ahondo en lo ocurrido el 18 de octubre de 2019.

5. En los días previos al 18-O algunos ministros del presidente Piñera expresaron su apoyo al alza del pasaje del metro, opiniones que serían cuestionadas en redes sociales y más tarde en las protestas. El ministro Andrés Fontaine (Economía) señaló que “se ha abierto un espacio para que quien madrugue pueda ser ayudado a través de una tarifa más baja”, mientras que Gloria Hutt (Transporte y Telecomunicaciones), en referencia a las primeras evasiones estudiantiles en el metro por esta alza, afirmó que “los escolares no tienen un argumento, la tarifa no aumentó para ellos”. Sin embargo, la frase más criticada fue la de Felipe Larráin (Hacienda), quien por aquellos días expresó: “Hay que destacar a los románticos que ha caído el precio de las flores, así que los que quieran regalar flores este mes, las flores han caído un 3,7 %”, en referencia al Índice de Precios al Consumidor (IPC).

vive en otro mundo y se refocila en sus cálculos electorales; que brotaba frustración de sentir que se había hecho lo exigido, con familias invirtiendo en su propia educación, pero donde las expectativas no se cumplían⁶. Entonces, ¿qué hizo que todo esto estallara, como lo hizo, en octubre de 2019?

Hay un factor emocional: la irritación creciente ante un gobierno —el de Piñera— que hizo promesas desmedidas en materia de crecimiento, empleo y delincuencia, con un estilo oligárquico cada vez menos tolerable para una población culturalmente más igualitarista. Influyó, además, críticamente, un factor destacado recientemente por el economista Claudio Sapelli, quien señala haber descubierto cuál fue “la chispa” del estallido: el deterioro repentino de la situación de los jóvenes en el mercado laboral⁷. Todas las cohortes nacidas desde 1970 en adelante habían obtenido ingresos superiores al de sus predecesores con la misma edad. Esto fue declinando desde 2008, pero el punto de quiebre se produjo con los nacidos en 1989, que tienen 33 años o menos, los cuales obtuvieron ingresos un 14 % más bajo. Este quiebre se produjo en 2019, el año del estallido, el cual tuvo como protagonista precisamente a ese grupo etario.

Ola global

Los sucesos de octubre de 2019 no respondieron a factores exclusivamente endógenos. Se alimentaron y formaron parte de corrientes socioculturales globales de reciente aparición.

Es imposible, por ejemplo, no ver la convergencia entre los sucesos ocurridos en Chile y la crítica a la lógica del crecimiento económico que nace del movimiento ecologista, cuyas banderas movilizan a los jóvenes de todo el planeta. O con las corrientes indigenistas y poscoloniales, que reivindican otras formas de saber y de vivir. O con el cuestionamiento

6. En el libro *Capitalismo chileno en el diván* (Ediciones Abierta, 2021) profundizo en el origen, desarrollo y crisis del modelo socioeconómico de Chile. Aquí, además, reflexiono sobre el rol del empresariado, el Estado y la Iglesia católica en este ámbito.

7. Ver “La chispa”, de Claudio Sapelli, columna publicada en *El Mercurio* el 10 de marzo de 2022. Link: <https://www.elmercurio.com/blogs/2022/03/10/96242/la-chispa.aspx>

del lenguaje y las jerarquías propias del orden patriarcal, denunciadas por corrientes feministas que, aunque tienen larga data, experimentaron una masificación explosiva tras el #MeToo. Hay también vasos comunicantes con el quiebre de jóvenes europeos, muchos de ellos hijos o nietos de inmigrantes que lo entregaron todo por asimilarse, con un sistema que los discrimina y los lanza a los brazos del dogmatismo y fanatismo. También hay elementos comunes con la movilización de los “chalecos amarillos” en Francia, donde tomó cuerpo el hartazgo de una clase media precarizada, con una élite política indiferente a sus dolores, tanto materiales como subjetivos. Lo mismo con la reacción que culminó en el Brexit, cuyo lema, *Take Back Control*, condensó el fastidio del pueblo inglés hacia una tecnocracia que a nombre del mercado y la globalización les arrebató a las personas el control de su propia vida; algo parecido, por cierto, a lo que dio el triunfo a Donald Trump y su MAGA (*Make America Great Again*), en EE. UU.

Los casos mencionados —y la lista podría ser más larga— comparten al menos tres rasgos: la rebelión y politización de clases medias que se sienten invisibilizadas por un orden que favorece a las élites dirigentes y, marginalmente, a los más pobres; la desconfianza en la democracia representativa y la búsqueda de nuevas formas de participación basadas en los territorios; y el desplazamiento de las ideologías desarrollistas propias del siglo XX, sean de derecha o izquierda, por el discurso feminista y ecologista, diseminado a partir de las masivas aulas universitarias.

La era inaugurada en 1989, la del hipercapitalismo, justificó la desigualdad con la promesa meritocrática: si se invertía en educación y se hacía el esfuerzo, todos podrían llegar a la cima y la desigualdad comenzaría a ceder. Tal promesa no se ha cumplido. Al revés, en una economía basada en el conocimiento, la concentración y la desigualdad no han dejado de aumentar, lo cual se ha vuelto cada vez más incompatible con la idea de igualdad que está en la base de la democracia. De ahí que cunde el malestar, la protesta y la violencia, todas señales de una era que se cierra.

A lo anterior hay que sumar otro hecho capital: hoy se sabe a ciencia cierta que el planeta simplemente no resiste seguir amplificando el tipo de desarrollo y las formas de vida que actualmente se identifican con el progreso. En este sentido, o bien se inaugura una nueva era del desarrollo humano

o lo que se enfrenta es derechamente la extinción. Este es el dilema que moviliza a las nuevas generaciones; no simplemente superar el “modelo económico neoliberal”, o reformar el sistema político para avanzar a una democracia más dialógica. Aspiran a mucho más: instalar un nuevo paradigma de convivencia, lo cual abarca el lenguaje, el conocimiento, la idea de nación, la relación entre géneros, pueblos, regiones y territorios, el vínculo con la naturaleza y otras especies, la arquitectura de poder y participación, y así por delante.

En suma, el “desborde” puso sobre la mesa toda una miríada de corrientes culturales de alcance global que han marcado a fuego lo que vino después: la composición y agenda de la Convención Constitucional, y la aparición y triunfo del fenómeno Boric.

El proceso constituyente

No se sabe quién fue el autor, o si, como muchas obras geniales, fue una gesta colectiva: lo cierto es que el Acuerdo por la Paz y por una Nueva Constitución, firmado por los partidos políticos el 15 de noviembre de 2019, para destrabar la crisis abierta con el “estallido” de octubre, quedará en los anales de la creatividad política⁸. Aparte de sus sofisticados tecnicismos, la idea de abrir un proceso constituyente, con referéndum “de entrada” y “de salida”, fue un mecanismo que, a pesar de su fragilidad y del riesgo que se desrielara, era el único capaz de canalizar una situación que estaba fuera de control. No había una mejor plataforma para encarar lo que estaba en la base del desborde: la crisis de la narrativa, normas e instituciones que fijaban un marco común de derechos y deberes, dotando de legitimidad al uso de la fuerza policial para defender el orden público.

8. Entre el 14 y la madrugada del 15 de noviembre de 2019, tras más de quince horas de negociación en la sede del ex Congreso en Santiago, parlamentarios oficialistas y de oposición, con la venia del Ejecutivo, concordaron un documento que daba pie a un proceso que derivaría en una nueva Constitución Política. Se restaron el Partido Comunista y Convergencia Social, el partido de Gabriel Boric, quien decidió de igual modo ser parte del acuerdo y firmar a título personal, enfrentando fuertes controversias con su coalición, el Frente Amplio.

El 25 de octubre de 2020, con pandemia mediante, se realizó el plebiscito que ratificó el inicio del proceso de construcción democrática de la nueva carta fundamental. La opción “Apruebo” obtuvo el 78,28 % de los votos, triunfando además el mecanismo de Convención Constitucional, que excluía la participación del Congreso en la redacción del texto constitucional. Con ello zanjado, el 15 y 16 de mayo de 2021 vendría una de las elecciones más relevantes de los últimos años: la de las y los constituyentes encargados de redactar una nueva Constitución, lo que se hizo bajo reglas electorales inéditas que contemplaron paridad, escaños reservados para pueblos originarios y listas de independientes.

Lo más sorprendente de los resultados de la elección de convencionales fue la sorpresa misma. Las señales estaban. El estallido, así como el plebiscito, habían sido elocuentes en revelar el ansia de cambio, de un lado, y el rechazo a la clase política tradicional, del otro. La elección de convencionales en mayo simplemente confirmó estas tendencias, relegando a los representantes de los partidos políticos —especialmente a los identificados con la derecha— a posiciones periféricas en la flamante Convención Constitucional, la cual quedó conformada primordialmente por activistas identificados con causas y demandas de territorios específicos. Resultó así una composición inédita, pero que en términos sociodemográficos representaba fielmente la fisonomía del Chile actual.

Como se indicara, las víctimas más visibles de esta reconfiguración fueron la clase política de la transición y sus partidos, de izquierda a derecha⁹. La otra víctima fueron los hombres, como efecto de la paridad. Ganaron los liderazgos situados, basados en territorios y causas: esto explica, con posterioridad, la importancia que adquirió la agenda de descentralización. Ganaron los pueblos originarios, que obtuvieron una representación sin precedentes, lo que explica también el debate que se ha abierto sobre un Estado plurinacional. Ganó la generación postransición, cuyos representantes dominan la Convención. Ganó el rechazo al modelo neoliberal, pero no desde la nostalgia por el viejo socialismo estatista sino desde la

9. En las elecciones municipales y de gobernadores, sin embargo, los partidos recuperaron su influencia tradicional. Fue en la Convención donde quedaron rezagados, lo que fue favorecido por un sistema electoral que permitió listas de independientes.

aspiración a un tipo de desarrollo que ponga en el centro la protección del medioambiente (en otras palabras, más cercano a una Greta que a un Lenin).

La elección de convencionales de mayo de 2021, en suma, puso en la escena institucional la agenda que se expresó en las calles el 18-O. Fue un gran logro de la democracia chilena y, hay que decirlo, de los partidos políticos, quienes cedieron y pactaron para abrir paso al proceso constituyente y aceptaron, en un acto heroico, las listas de independientes. Según muchos observadores, esto confirma, una vez más, el proverbial talento de la sociedad chilena para procesar institucionalmente sus conflictos.

“No le tengan miedo a la juventud”

Esta frase de Gabriel Boric sintetizó la jornada del 18 de julio, cuando derrotó en la primaria de la izquierda al candidato comunista Daniel Jadue. En la otra vereda, en la derecha, otro joven, Sebastián Sichel, derrotaba a Joaquín Lavín, quien intentaba por tercera vez llegar a La Moneda. La campaña había revelado que ambos, Jadue y Lavín, eran personajes de otra época. El cambio en Chile venía con una nueva generación.

La victoria de Boric fue una genuina proeza. Encabezaba una fuerza política, el Frente Amplio, que nació hace menos de diez años. Ésta agrupación no tuvo complejos de incorporarse a la vida institucional, ni de adoptar compromisos tan difíciles y polémicos como el del 15 de noviembre de 2019. En sus filas se aglomeran las grandes corrientes culturales de nuestra época, el ecologismo, el feminismo y el indigenismo. Esto generó la identificación (y el entusiasmo) de los jóvenes, permitiéndole romper con las fronteras sociales e ideológicas tradicionales y dotándole de una robusta densidad intelectual. Es así como en pocos años esta nueva izquierda logró conquistar posiciones de poder claves en el parlamento, en los municipios y en la Convención Constitucional. Todo esto le permitió enfrentar con éxito al alcalde Jadue, el mejor candidato del PC en su historia. Su prepotencia ante las periodistas, su condena del estallido social en Cuba, su examen de pureza a sus viejos aliados, su insinuación de establecer

un control sobre la prensa, hicieron que emanara de él un cierto hedor totalitario incompatible con las aspiraciones de una democracia y una sociedad compleja.

La primera vuelta presidencial se realizó el 21 de noviembre de 2021. José Antonio Kast, el candidato del Partido Republicano (extrema derecha), obtuvo un 27,91 % de los votos, contra un Gabriel Boric que alcanzó un 25,83%¹⁰. Fue una sorpresa para todos. Quedaba en evidencia que, en las postrimerías de 2021, el ánimo de la población ya no era el mismo de 2019. Había vivido la incertidumbre de la pandemia; veía que peligraban sus logros; temía a la delincuencia, a la violencia, al desorden, a la inmigración descontrolada; le acosaba la dictadura viscosa de lo políticamente correcto que dominaba a la Convención, que removía certezas tan fundamentales como las nociones de patria, de familia, de género.

En circunstancias en que todo se vuelve más frágil, lo que importa ya no es tanto el futuro como el presente; no lo que merezco alcanzar sino lo que quiero proteger; no las palabras sino los hechos; no los programas sino una figura de autoridad; no una identidad por explorar sino un lugar al que pertenecer. Esto fue lo que llevó a muchos electores a buscar refugio en Kast y en la derecha conservadora. Ellos fueron los grandes triunfadores de la primera vuelta presidencial y en la elección de congresistas, donde recuperaron lo que habían perdido en la de convencionales en mayo. En toda la línea: votos, poder e ideas.

Si se mira en perspectiva, en la elección del 21 de noviembre de 2021 la ciudadanía envió ciertos mensajes simples y directos, que seguirán resonando por largo tiempo.

El primero fue: “La mera continuidad nos tiene hartos; no tenemos miedo de probar algo nuevo”. Las cifras fueron elocuentes. Sumadas, las candidaturas presidenciales de los partidos que, desde el gobierno o la oposición, guiaron el rumbo del país desde 1990, consiguieron apenas 1,7 millones de

10. Los otros candidatos que participaron de la primera vuelta fueron Franco Parisi (12,80 %, Partido de la Gente), Sebastián Sichel (12,79 %, Chile Podemos +), Yasna Provoste (11,61 %, Nuevo Pacto Social), Marco Enríquez-Ominami (7,61 %, Partido Progresista) y Eduardo Artés (1,47 %, Unión Patriótica).

votos, contra 5 millones que alcanzaban en 2013. Las fuerzas nuevas, como el Partido Republicano (extrema derecha), el Frente Amplio (nueva izquierda) y el Partido de la Gente (populista), obtuvieron en tiempo récord una votación tal que les dio las primeras mayorías en la presidencial y una presencia relevante en el Congreso. De hecho, tanto Boric como Kast, en sentidos opuestos, encarnaban agendas de cambio igualmente ambiciosas.

El segundo mensaje fue: “No le vamos a entregar a nadie la confianza para usar el poder estatal a su antojo”. Quien lo intente —para decirlo en términos ajedrecísticos— se arriesga a un mate ahogado¹¹. A la Convención Constitucional, dominada por la izquierda, el electorado le puso al frente un Congreso con una poderosa representación de la derecha y al nuevo presidente le puso un parlamento virtualmente empatado. Es un *check and balance* natural que modera las aspiraciones refundacionales, quita capacidad de intervención al gobierno y preserva la soberanía de los ciudadanos sobre su propia vida.

El tercer mensaje fue: “¡Despierten!, no hay un país sino muchos”. Se reveló, de pronto, la existencia de un sur rural de Kast, un centro urbano de Boric y un norte de Franco Parisi, el candidato populista que sin pisar Chile —reside en Estados Unidos—, y a través de una campaña solo por redes sociales, obtuvo el tercer lugar en la primera vuelta. Pero esto no es todo: los mayores y los hombres se inclinaron por Kast, mientras los jóvenes y las mujeres lo hicieron por Boric. Esta segmentación se atemperó en la segunda vuelta, pero en lo grueso se mantuvo. Se trata de un rasgo nuevo en Chile, bastante similar a lo que se observa en otras latitudes.

11. “En ajedrez, el ahogado es una situación que se produce cuando el jugador de quien es el turno no tiene jugadas legales para realizar y el rey no se encuentra en estado de jaque, es decir, el rey no puede moverse a otras casillas porque quedaría en posición de jaque o porque están ocupadas por piezas propias o piezas ajenas que están defendidas, y además el jugador no tiene otras piezas que puedan moverse o capturar a piezas adversarias. A esto también se le conoce como tablas por rey ahogado.” Wikipedia, [https://es.wikipedia.org/wiki/Ahogado_\(ajedrez\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Ahogado_(ajedrez)).

Reconciliación familiar

“¿Cómo se explica que Estados Unidos pasara abruptamente de la euforia del *Yes We Can* y de un presidente afroamericano, a la historia del *Make America Great Again* y a un supremacista blanco como Trump?”, le preguntó el periodista del *New York Times*, Ezra Klein, a Barack Obama. “Los cambios históricos son así”, respondió. “Cuando se produce una ola en cierta dirección es inevitable que luego venga una ola en sentido contrario”.

Chile experimentó algo semejante. Como se indicó antes, cuando se realizaron las elecciones parlamentarias y presidenciales a fines de 2021, ya no prevalecía el clima de 2019. La encuesta CEP de agosto de ese año mostró el alza de los miedos de viejo cuño, relacionados con el orden público y la situación económica, a la vez que aumentaba el rechazo a la violencia como herramienta política. Era comprensible. Desde octubre de 2019, mucha agua había corrido bajo los puentes. Irrumpió la pandemia, con su estela de dolor y vulnerabilidad. Se agudizaron las urgencias económicas, apenas mitigadas por la ayuda estatal y los retiros de los fondos previsionales. Emergió el fantasma de la inflación, que pone en peligro aquellos logros que parecían irreversibles, como el acceso a crédito. La delincuencia, el narco y la violencia incrementaron su radio de acción. Las instituciones profundizaron su declive con nuevas acusaciones de abuso y corrupción. Todo esto mientras la Convención buscaba ponerse de acuerdo en su reglamento interno de funcionamiento, con muchos de sus integrantes volcados más a la *performance* para expresar sus identidades que a trabajar en la confección del nuevo texto constitucional.

Como es bien sabido, los sentimientos de temor no provienen solo del exceso de autoridad y de reglas, surgen también de su ausencia y de la amenaza que representan los otros. Esto ayuda a comprender por qué Boric perdió la primera vuelta frente a un Kast, que supo captar el nuevo clima. La del 21 de noviembre de 2021 fue la noche cuando esos jóvenes políticos que solo sabían de victorias conocieron la derrota, al menos en forma parcial. Boric pasaba a segunda vuelta, pero detrás de Kast, con una votación menguada y en un clima-país que exigía respuestas a demandas que es-

taban fuera de la experiencia vital y de la agenda de la nueva generación, como son la escasez y la inseguridad.

Mostrando nuevamente su baja aversión al riesgo, para la segunda vuelta presidencial Boric dio un giro radical a su campaña. Una de las primeras señales fue ir a buscar el apoyo de Ricardo Lagos y Carmen Frei, hija del fallecido presidente Eduardo Frei Montalva, y entonces presidenta de la Democracia Cristiana. Este gesto venía a cerrar la profunda grieta que se creó en el campo de la centro-izquierda a partir de 2011. Esta, más que ideológica o programática, fue una fractura generacional: los hijos y nietos predilectos de la Concertación rompieron con sus progenitores, enarbolando un discurso ácidamente crítico de su obra — los “30 años”— y, algunas veces, de su honestidad. Y, por si fuera poco, formaron tienda aparte, precipitando con ello la obsolescencia de la vieja guardia.

A Boric no le fue difícil el cambio. Perteneció a una generación *gamer*, no doctrinaria, habituada al juego, a la flexibilidad, al reseteo. “Es mi obligación reflexionar respecto de nuestra propia conducta — señaló ante la Junta Nacional de la DC—, y en ese marco hoy sé que la arrogancia generacional es una mala consejera, que no hay virtud *per se* en la juventud y la novedad”. Y agregó: “Tengo la convicción más profunda de que ante la disyuntiva que se nos presenta el próximo 19 de diciembre, son más aquellas cosas que nos unen que aquellas que nos separan, dibujando así un futuro común que justificaba dejar atrás un pasado de desavenencias y conflictos.

Carmen Frei, a nombre de la DC, y Ricardo Lagos, la gran figura del socialismo democrático moderno, aceptaron el reto. Lo mismo hizo Michelle Bachelet, quien viajó especialmente a Chile y recibió maternalmente al candidato en su casa. En lugar de dejarse arrastrar por los resentimientos, las figuras de ayer eligieron perdonar los agravios del pasado, igual como lo hace un padre o una madre con el hijo que un día le dio la espalda y que sabe que el más damnificado por la prolongación de la fractura es él mismo. Así, los actos de arrepentimiento y perdón de aquellos días abrieron la puerta a una reconciliación en la familia de la centro-izquierda, ahora bajo la égida de una nueva generación. Esta, a su vez, abrió las puertas al holgado triunfo de Boric en la segunda vuelta.

El peso de la historia

Apenas tenía dos años para 1988 cuando se realizó el plebiscito que terminó con la dictadura de Augusto Pinochet. En esa oportunidad, las fuerzas que pedían su salida obtuvieron un 55 % de la votación, la misma cifra que Gabriel Boric obtuvo en la segunda vuelta presidencial frente a José Antonio Kast, un candidato que no ocultó su admiración por Pinochet y que en un acto suicida fue apoyado por toda la derecha¹². De hecho, aquella noche del 19 de diciembre la gente salió a las calles a celebrar con un fervor que recordó el de hace 33 años, cuando se inició la larga y tumultuosa transición chilena a la democracia.

Ahora bien, ¿por qué triunfó Boric? Porque sacó más votos, es obvio; más que ningún otro presidente en la historia de Chile. Logró, como nadie antes desde el retorno a la democracia, ampliar su arco de apoyo en el balotaje después de haber salido segundo en la primera vuelta. Sumó no solo a quienes habían votado por otras alternativas, sino que atrajo también a nuevos votantes, especialmente jóvenes de clases medias y el mundo popular. Esto por sí mismo fue una gran noticia: a más participación electoral, en especial de grupos que se sienten excluidos del sistema, más sólida es la democracia.

Boric ganó porque supo asumir que la segunda vuelta es otra elección, con un candidato renovado, nuevas prioridades y mensajes, nuevos rostros. Moderó su discurso y su actitud, y lo hizo de un modo que resultó creíble. Hizo suyos, con firmeza y determinación, temas que son ajenos a su propia experiencia vital, como orden público, estabilidad y crecimiento económico. Se acercó con humildad a buscar el apoyo y el consejo de quienes le precedieron en el largo y accidentado curso del progresismo chileno, quienes lo recibieron con la incondicionalidad que se acoge al hijo que un día rompió para hacer su propio camino.

Boric ganó porque su campaña logró algo que parecía inalcanzable: reconstituir el viejo clivaje Sí/No del plebiscito de 1988. Los guarismos son exactamente los mismos. La figura de Kast ciertamente ayudó. Puso en es-

12. En la segunda vuelta presidencial, Gabriel Boric (Convergencia Social-Apruebo Dignidad) obtuvo un 55,87 % de los votos, mientras que José Antonio Kast (Partido Republicano-Frente Social Cristiano) un 44,13 %.

cena justo aquello que la derecha había intentado por años dejar atrás porque le condena —como se confirmó— a una condición de minoría.

Ganó porque conquistó la confianza de las mujeres. Algo inesperado para un hombre joven, no creyente y de izquierda. La amenaza del comunismo, que era el discurso constante del candidato del Partido Republicano, esta vez no tuvo éxito. Las mujeres vieron en Kast un peligro más concreto: un retroceso en sus libertades y derechos en aras de la restauración de un orden perdido que tiene mucho de patriarcal.

Boric ganó por su juventud, no a pesar de ella. Es la cara de una nueva generación. Con más energía e ilusiones que la que comandó la transición, que ha sido renuente a soltar el testigo. Con un lenguaje rápido y directo. Con una agenda más diversa y compleja, enfocada en los desafíos de este siglo y no de aquel que ya pasó. Con una curiosidad y una disposición a reconocer errores que parece candorosa, pero que al final da buena espina. Con una valentía y flexibilidad que solo es permitida a quienes tienen una musculatura que aún el tiempo no ha oxidado.

Si la extensión de la vida útil de los *baby-boomers* —como se llamó a la generación que nació entre 1946 y 1964— fue un fenómeno mundial, en Chile este fue exagerado. En todos los planos. La clase empresarial que consiguió adaptarse al capitalismo neoliberal y a las reformas de la transición, y que transformó esos cambios en oportunidades para crear nuevas industrias y grupos económicos, mantuvo hasta ahora las riendas del poder. Los núcleos intelectuales que idearon e implantaron la revolución capitalista, de una parte, y los que redefinieron el paradigma de la centro-izquierda, de la otra, hegemonizaron por décadas la opinión pública. Pero fue en el campo político donde esta rareza alcanzó su cénit. La misma clase dirigente que fuera expulsada del poder por la dictadura tomó sobre sus espaldas la recuperación y gestión de la nueva democracia. Esto le permitió traer consigo los aprendizajes de la crisis y la derrota, pero su propia experiencia vital le hizo renuente al cambio y resistente a la renovación.

Boric simboliza el fin de la hegemonía de los *baby-boomers* en todas las esferas de la sociedad: en la empresa, con los *startups* y el rejuvenecimiento a nivel de puestos directivos; en el campo académico, que se ha reno-

vado profundamente, lanzando al baúl de los recuerdos muchos de los dilemas y los paradigmas del siglo XX¹³; y ahora en la política. Ya era hora. No podía ser que la misma generación que fuera protagonista de los acontecimientos que remecieron a Chile en la última parte del siglo XX siguiera a la cabeza de los asuntos públicos.

Más allá de cuestiones circunstanciales, Boric ganó por el peso de la historia, el cual se muestra huidizo a veces, pero al final siempre prevalece. Tuvo tras de sí la vieja alianza del mundo popular con la clase media, así como la más reciente entre el socialismo laico y el comunitario cristiano. Encarnó las demandas de las marchas del 2011, de las feministas, de los pensionados, de los defensores del medioambiente. Fundió tras su figura la violencia del 18-O, las manifestaciones multitudinarias del 25-O y el acuerdo político del 15-N. Boric, en suma, es la expresión de una ola que tiene raíces profundas y ramificaciones variadas; y las olas son a la larga —aunque por momentos se olvide— más poderosas que las resacas.

Está aún por verse si el liderazgo de Gabriel Boric tiene el talento para transformar su victoria electoral en el momento fundacional de una nueva coalición, que tomará tiempo en fraguarse, con una composición y una agenda más amplia, encabezada por una nueva generación. Es lo que realizó Patricio Aylwin, quien hizo del triunfo del No ante Pinochet en 1988 la partida de nacimiento de una coalición (la Concertación) que, contra todo pronóstico, se mantuvo unida y ofreció gobernabilidad al país por décadas.

13. En la renovación del campo académico ha influido decisivamente la llegada de los beneficiados de Becas Chile con posgrados en las mejores universidades del mundo. De hecho, sería imposible imaginar las nuevas tendencias en la academia —diseminadas desde y hacia la política, la cultura y la economía— sin el influjo de ese programa financiado por el Estado de Chile. Para la renovación de las élites, Becas Chile ha sido lo que fuera el Crédito con Aval del Estado (CAE) para la masificación de la educación terciaria: un mecanismo formidable de diversificación y masificación de las élites.

España en el corazón¹⁴

¿Por qué Gabriel Boric y el Frente Amplio lograron en Chile lo que Pablo Iglesias y Podemos no consiguieron en España? La pregunta es pertinente toda vez que, si bien hay diferencias importantes, los paralelismos entre la evolución de Chile y España son incuestionables, al menos en el último medio siglo. La transición democrática chilena siguió de cerca la huella de la española, aunque allá se alcanzó un pacto formal y una nueva Constitución, lo que en Chile no sucedió. El proceso de modernización económica, social y cultural, allá anclado en Europa y acá en la globalización, tuvo rasgos semejantes. Lo mismo el cáncer de la corrupción, que provocó la desafección con los “pactos del 78” y con los “30 años”. Otra coincidencia fueron el movimiento de los indignados en Madrid y las protestas estudiantiles chilenas, ambos en 2011.

Pero la influencia de España sobre los actores políticos chilenos es de aún más larga data. La derecha tuvo en el franquismo un referente fundamental, incluyendo la forma como este se adaptó a la democracia. La Democracia Cristiana se nutrió del rol ejercido por el centro político español durante la transición bajo el liderazgo de Adolfo Suárez. Pero la corriente más expuesta ha sido la izquierda. Su giro desde posiciones marxistas clásicas hacia posiciones socialdemócratas encontró en el PSOE de Felipe González su fuente de inspiración. En años posteriores, el nacimiento de Revolución Democrática y del Frente Amplio tuvo entre sus referentes principales el surgimiento de Podemos en España, una coalición de jóvenes volcados a crear una alternativa a las izquierdas socialdemócrata y comunista desde una perspectiva libertaria, feminista, ecológica y territorial¹⁵.

De hecho, el Frente Amplio y Podemos tienen muchas similitudes. Ambas fuerzas nacen en las aulas de universidades de élite, de dirigentes que poseen amplio capital cultural y que han leído a los mismos autores, aunque quizás no con la misma profundidad: Gramsci, Schmitt, Laclau, Mouffe, Ma-

14. *España en el corazón* es el título de un libro de Pablo Neruda, publicado en 1937, donde relata los horrores de la guerra civil.

15. Revolución Democrática (RD) fue creado en 2016. Es el partido hegemónico del Frente Amplio, coalición que se formó en 2017 en base a diversos partidos a la izquierda de la Concertación y distantes del PC.

zzucato. Ambas se forjaron en las luchas sociales: estudiantiles, feministas, ecologistas, LGTBIQ+. Ambas buscan representar las nuevas identidades y sus luchas en su más amplia variedad, a diferencia de la izquierda tradicional atada al mundo del trabajo. Fieles a Schmitt, ambas definieron tempranamente un antagonista: el orden creado por sus progenitores, los “30 años” que siguieron a la caída de Pinochet en Chile, el “Régimen del 78” que siguió a Franco en España. Ambas desecharon la renovación de la izquierda tradicional desde adentro, representadas en la Concertación y el PSOE, y se irguieron como alternativas de recambio de tinte generacional, acusando a sus predecesores de complicidad con el neoliberalismo, cuando no derechamente de agentes de su implantación. Ambas construyeron un discurso en torno a la universalización y ampliación de los derechos sociales, la abolición del orden patriarcal, el combate al calentamiento global, la celebración de la diversidad, el fomento de la democracia directa, la defensa de los territorios. En fin, ambas mostraron gran talento en crear organizaciones, asociarlas y ganar elecciones.

Con tal equipamiento las dos fuerzas consiguieron en pocos años una posición expectante en el entramado de poder de sus países. Pero mientras el Frente Amplio, con Gabriel Boric, entró a La Moneda, Podemos y su líder histórico Pablo Iglesias parecen cada vez más lejos de ser los anfitriones de La Moncloa. ¿Por qué la suerte de dos fuerzas que parecían siamesas se bifurcó? ¿Qué les llevó a un resultado tan dispar? La respuesta demandaría una tesis de doctorado —que de seguro las habrá—, pero se pueden sugerir algunos elementos a modo de tégase presente.

Íñigo Errejón, el ex-compañero de Pablo Iglesias en la aventura de Podemos, destaca un factor clave: el sistema político. El presidencialismo chileno hace posible que una alianza como Apruebo Dignidad (el Frente Amplio más el PC), con apenas el 24 % de los diputados y 10 % de los senadores, se lleve el premio mayor: el Ejecutivo. Esto no sería posible en un régimen parlamentario como el español, que además subsidia la representación de las pequeñas localidades rurales de inclinación más conservadora. Dicho de otro modo, sin presidencialismo Boric no habría llegado a La Moneda; y con un sistema como el chileno quizás Pablo Iglesias, en su esplendor, habría arribado a La Moncloa.

Pero no todo se explica por el sistema político. Hay diferencias en la forma de razonar de ambas fuerzas, en su acercamiento a otras corrientes políticas y en la manera como actuaron ante encrucijadas críticas.

Los congéneres españoles del Frente Amplio son más intelectuales e ideológicos. Sus colegas chilenos no conocen las viejas querellas doctrinarias que han desgarrado a las izquierdas en todo el mundo, y que siguen presentes en la vida interna de Podemos. Son altamente pragmáticos y estratégicos, formados en el campo de la ingeniería, la economía y el derecho antes que en las ciencias políticas, la sociología o la filosofía. Esto los hace menos sofisticados, si se quiere, pero más flexibles y eficaces.

El Frente Amplio resolvió mejor —al menos hasta ahora— lo que podríamos llamar la —cuestión comunista—. Han sabido aliarse con ellos y vencerlos sin humillarlos. Sus máximos líderes —partiendo por Boric— no vienen de la cuna del PC, sino más bien del socialismo democrático y libertario. Han competido con los comunistas desde su época universitaria y siempre le derrotaron, lo cual no ha sido impedimento para una estrecha solidaridad generacional con la camada comunista joven, cuya figura emblemática es Camila Vallejo, que hoy acompaña a Boric en La Moneda. Han sostenido enfrentamientos dramáticos, como la ocasión en que Boric firmó el acuerdo que abrió paso al proceso constituyente, el 15 de noviembre de 2019, y el PC lo acusó de plegarse a una maniobra para apagar la revuelta popular. Boric y su círculo resistieron los embates, y esto los tiene donde hoy están.

A pesar de lo anterior, y dejando a un lado los resentimientos, el Frente Amplio y el PC formaron la coalición Apruebo Dignidad para encarar unidos las numerosas elecciones que se realizaron entre 2020 y 2021. En la primaria para elegir abanderado presidencial, realizada en julio de 2021, se enfrentaron Boric y el alcalde Daniel Jadue, un formidable candidato. Contra todo pronóstico, y con una campaña de estampa juvenil y libertaria, Boric lo derrotó holgadamente. Esta epopeya fue vital para contrarrestar el discurso anticomunista de José Antonio Kast en la contienda presidencial, y para mantener al PC en un lugar digno pero subordinado. La enorme votación alcanzada por Boric en la segunda vuelta, que premió su discurso inclusivo, permitió a este incorporar a las viejas fuerzas socialdemócratas

a su gobierno y dejar a los comunistas en una posición relevante pero no dominante.

El Frente Amplio resolvió mejor también la “cuestión socialista”. A pesar de la condena a la Concertación y a sus líderes históricos, Gabriel Boric y su equipo mantuvieron encendidas las brasas de sus vínculos con ese mundo. Así, cuando buscaron el endoso de la vieja centro-izquierda —apremiados por un pobre resultado en primera vuelta frente al candidato de la extrema derecha—, encontraron una acogida generosa. Rito clave fue el acercamiento a Ricardo Lagos, quien representa en Chile lo que Felipe González representa en España, que ofreció a Boric su respaldo sin condiciones. Lo mismo hizo la otra gran figura de la izquierda, Michelle Bachelet.

Para decirlo en breve, Boric y el Frente Amplio supieron hacer de su alianza con los comunistas un factor de crecimiento electoral sin desdibujar su propia identidad; supieron pactar cuando fue oportuno y soportar los sinsabores que ello trae consigo con las alas más ortodoxas; supieron tender puentes con sus antecesores socialdemócratas, superando los traumas de separación; supieron transitar de un discurso generacional a un discurso nacional. En fin, supieron dejar de lado a Schmitt para abrazar a Gramsci. No se sabe si Podemos podría hacerlo; lo que sí se sabe es que esto fue lo que llevó a Boric a La Moneda.

¿Un nuevo Chávez?

“¿Cómo un país de talante conservador, y con traumas que lo volvieron reactivo a las rupturas, decide de pronto elegir a un joven político de provincia formado en la lucha callejera y no en las aulas de una universidad estadounidense, con una actitud y una agenda más cercanas a las aspiraciones de los nuevos ‘bobos’ (burgueses-bohemios) europeos que a las de los viejos líderes tercermundistas volcados a emancipar a los ‘condenados de la tierra’?”. La pregunta provenía de un viejo amigo periodista, que cubre América Latina para un influyente periódico europeo, de visita en Chile con la intención de comprender el “fenómeno Boric”.

Le sorprendía el gigantesco salto generacional: 36 años separan a Boric de su antecesor, Sebastián Piñera. Será el mandatario más joven en la historia de Chile y uno de las más jóvenes del mundo. Le sorprendía aún más que, a pesar de que su figura emergió en oposición al orden representado por Lagos y Bachelet, recibiera de estos un apoyo sin condiciones, clave para su victoria. Un gesto igual no se habría visto en España, por ejemplo. En otros países europeos, cuando se ha producido un acercamiento semejante, ha sido bajo la hegemonía de la vieja socialdemocracia, no de la nueva izquierda anti-patriarcal y ecologista, como en Chile. Esta relación con los “padres fundadores” es también una excepción en América Latina: en Argentina todo pasa por Cristina; en Bolivia por Evo; en Brasil por Lula; en Venezuela por Maduro; en Perú nadie sabe. En México los herederos de AMLO son todos mayores. Chile, con Boric, es un caso único en la centro-izquierda de la región.

Otra originalidad, decía mi amigo, es una postura internacional muy diferente a la de la “izquierda bolivariana. Boric no tiene deudas ni complejos con el PC, el cual forma parte de su alianza de gobierno, pero después de marcar sus diferencias y vencerlo. Su condena a las violaciones de los derechos humanos en Nicaragua, Venezuela y Cuba ha sido inequívoca. Ha dicho que no se va a escudar en el antiimperialismo para cohonestar la violación a los derechos humanos en ningún lugar del planeta. No teme conversar con el presidente Biden acerca de sus “desafíos comunes”, entre ellos el “fortalecimiento de la democracia”.

“¿Cómo se lleva con los comunistas?”, me preguntó mi amigo de sopetón. No sabía por donde partir, así que le dije: no olvides que es magallánico”. Abrió los ojos como plato. “Es que la geografía importa”, agregué, “y los nacidos y educados al fin del mundo, un paisaje duro azotado por el viento y el frío, con un horizonte interminable y poblado de gente venida a probar suerte desde todos los confines del planeta, son personas de tinte libertario antes que totalitario, individualistas antes que colectivistas, cosmopolitas antes que nacionalistas”. De hecho, Boric, quién se forjó como líder en las luchas estudiantiles y en las contiendas electorales y parlamentarias antes que en el cenáculo de un partido, aprendió de joven a lidiar con los comunistas y a derrotarlos. Lo hizo en la FECH, cuando

obtuvo la diputación por Magallanes y cuando venció al alcalde Daniel Jadue en las primarias.

“Muchos colegas periodistas temen que sea un nuevo Chávez”, agregó mi amigo. “Pero está en sus antípodas. Es un firme defensor de los derechos humanos y la democracia. Y su agenda es más parecida a las de las alianzas entre socialdemócratas y verdes en Europa, o a la de Sanders y AOC en EE. UU., que a la de las izquierdas latinoamericanas actuales”.

Crear una coalición

El equipo que acompañará al presidente Boric muestra claramente la intención de ampliar su base de apoyo original (Apruebo Dignidad, esto es, el Frente Amplio más el PC), con la incorporación de figuras provenientes de la izquierda tradicional y de otras corrientes culturales que fueron claves para su victoria. De hecho, si se observa con cierto detalle la composición de su equipo se descubren valiosas señales sobre la orientación del futuro gobierno.

Amplitud. Es un elenco que rompe las fronteras políticas, generacionales y culturales del movimiento que lo llevó al poder. El nuevo mandatario sabe que una cosa es ganar una elección y otra gobernar. Para lo segundo se requiere de una coalición más amplia en todos los sentidos. Así lo ilustra su primer gabinete. Están sus leales compañeros de lucha del movimiento estudiantil y feminista, como Camila Vallejo y Giorgio Jackson —entre otros—, pero también figuras del viejo *establishment* de la Concertación, como Mario Marcel (Hacienda) y Carlos Montes (Vivienda).

Feminista. Está compuesto por 14 mujeres y 10 hombres. Con mujeres ocupando carteras claves, no decorativas, como Interior (que en Chile es jefe de Gabinete), Exteriores, Defensa, Salud y Vocería. De hecho, el comité político, el equipo que lleva los nervios del gobierno (y al cual se incorpora la ministra de la Mujer y Equidad de Género), tendrá mayoría femenina: 3 de 5.

Joven. La edad promedio (49 años) es la más baja en la historia de Chile, con alta presencia de personas nacidas en regiones y formadas en la educación pública.

Intransigente. Con la nominación de Antonia Urrejola en Exteriores, una abogada que desde la Comisión Interamericana de Derechos Humanos ha sido severa crítica a lo que sucede en Venezuela y Nicaragua, Boric dio una señal fuerte. A esto hay que sumar una designación llena de simbolismo: Maya Fernández, nieta del presidente Salvador Allende, como ministra de Defensa.

Independiente y “empoderado” (“empodérense e impulsen cambios”, les dijo Boric al nominarlos). Reúne a líderes muy fuertes en campos ajenos a la política. Izkia Siches, por ejemplo, en Interior. Fue presidenta del Colegio Médico, lugar desde el cual tuvo un rol relevante en el combate a la pandemia. Hizo dupla con Boric después de su derrota en primera vuelta, con una eficacia e impacto impresionantes. Giorgio Jackson, compañero de ruta de Boric desde que ambos encabezaron las luchas estudiantiles de 2011, asume la estratégica Secretaría de la Presidencia. Mario Marcel, el economista más prestigiado en Chile y quien fuera elegido como el mejor banquero central del mundo en 2021, asumió como ministro de Hacienda, a cargo de supervisar toda el área económica de la administración.

Al mirar el equipo que le acompaña, surge una interrogante: ¿podrá el triunfo de Gabriel Boric servir de soporte de una nueva coalición política, emulando lo que fuera la victoria del No en 1988 para la creación de la Concertación? Partidarios y adversarios coinciden en destacarla como ejemplo de coalición exitosa. Para responder a la pregunta, suena útil, por lo mismo, recordar cómo se gestó.

Era 1988. La Guerra Fría aún no terminaba. Había que hacer converger a los adherentes de ambos bloques: el capitalista y el socialista. Había que reunir a quienes habían apoyado el golpe militar —y a menudo los primeros y peores años de la dictadura— con aquellos que habían sido sus víctimas. También a quienes aceptaban los mecanismos que fijaba la Constitución de 1980 como fórmula para recuperar la democracia, con los que abogaban por formas más o menos violentas de insurrección. En fin, había que encontrar un camino común entre quienes aspiraban a reformar la revolución capitalista de Pinochet para volverla más inclusiva y quienes promovían su desmantelamiento para retornar al Chile pre-73.

Las desavenencias de entonces, como se aprecia, aludían a posiciones antagónicas frente a acontecimientos históricos que habían sido la causa de indecibles dolores y que aún seguían vivos en la forma de cicatrices que no habían cauterizado, así como a visiones dispares sobre el pasado y el futuro. Pero contra todo pronóstico la Concertación vio la luz.

¿Qué lo hizo posible? Pinochet, desde luego, pero no solo eso, como lo prueba que ella sobreviviera al eclipse de su figura. Fue fundamental, primero, la “efervescencia colectiva” —como llamara Durkheim a los eventos que dan origen a las religiones y a todo tipo de instituciones— que produjo el triunfo del No, cuya dimensión simbólica y moral quedó grabada a fuego en varias generaciones. Fue clave, enseguida, la forma en que Patricio Aylwin configuró su equipo de gobierno. El gabinete fue tejido con sutileza. Incluyó todas las sensibilidades de quienes estuvieron tras el No, unidas ahora por la empresa común de gobernar. Fue algo así como la expresión humana de la nueva alianza, que perduró más allá de Pinochet y de los cuatro años de Aylwin.

La situación de hoy tiene varios paralelos. Entre las fuerzas que respaldan a Boric hay obviamente diferencias, pero no las hondas grietas que separaban a quienes estaban contra Pinochet. Su triunfo sobre Kast tuvo, para las nuevas generaciones, un aire de gesta semejante a la que vivieron sus padres y abuelos, lo que autoriza a pensar que podría erigirse en el soporte emocional de una coalición. La conformación del nuevo equipo de gobierno recuerda también el ejercicio de Aylwin, aunque en las condiciones de otra época. Están presentes, desde luego, los equilibrios políticos, tanto entre los partidos de Apruebo Dignidad (Frente Amplio y Partido Comunista) como el que supone la incorporación de la vieja izquierda concertacionista. Pero agrega otras variables y contrapesos: mujeres, hombres y minorías sexuales, *millennials* y *baby-boomers*, Santiago y regiones, economía y causas sociales, política y ciencia, carisma y gestión. El resultado es un delicado mosaico que, al igual que el primer gabinete de la era democrática, delimita los contornos de lo que podría ser una coalición apropiada de dotar gobernanza a una sociedad compleja. Su materialización dependerá estrechamente de un factor que fuera clave en la experiencia inaugurada en 1990: el liderazgo del presidente de la República.

Miren dónde hemos llegado

Se temía que sucediera lo mismo que el 11 de marzo de 2010. Esa vez la ceremonia de transmisión del mando de Michelle Bachelet a Sebastián Piñera fue interrumpida por las réplicas del devastador terremoto que días antes había asolado a Chile. Esta vez el país viene saliendo de otro terremoto: la inédita, violenta y multitudinaria protesta social de 2019, que derivó en la elección de una Convención para escribir desde una página en blanco una nueva Constitución y en el triunfo a Gabriel Boric, y con ello, la transferencia del poder a una nueva generación de izquierdas forjada en las luchas estudiantiles y sociales de los últimos diez años.

Pero, no obstante los temores, la ceremonia de transmisión del mando el 11 de marzo de 2022 transcurrió sin réplicas de ninguna especie. El rostro del presidente saliente, Sebastián Piñera, acompañado de su familia y ministros, mostraba el regocijo de haber logrado conducir la nave a puerto a pesar de las gigantescas tormentas que debió afrontar, entre ellas la pandemia. En su fuero interno debe haber sentido la satisfacción de no haber seguido los cantos de sirena que le llamaban a desviarse del curso institucional para reestablecer el orden quebrado por la ola de protestas de fines de 2019 y de haber apostado, en cambio, por buscar una salida a través del proceso constitucional. En su fuero aún más interno debe haber sentido uno de esos placeres inconfesables al ver que juraba Boric y no quien fuera su contrincante, el ultraderechista Kast: esto lo deja ante la historia como el eslabón que dio paso a una generación en la que se encarna lo mejor que ha producido la nueva democracia.

Los gestos entre ambos fueron cariñosos. Piñera, aliviado, fue despedido con cálidos aplausos. El presidente entrante, sin corbata pero vestido con un impecable traje azul, parado sobre la testera y algo tenso por la nueva situación, miraba a su familia venida de Magallanes, así como a sus compañeros de lucha —ahora ministros—, como diciéndoles: “Miren dónde hemos llegado”.

El día estuvo cargado de finos símbolos destinados a marcar la entrada a una nueva época: una jefa de protocolo rapa nui, vestida a la usanza tradicional; una mujer conduciendo el vehículo presidencial; un presidente que toma juramento a nombre del pueblo, da la mano a los militares que están

a sus órdenes y se inclina frente a la estatua de Salvador Allende antes de entrar a La Moneda.

Cuando comenzaba a oscurecer, Boric salió a los balcones del palacio presidencial para dirigir sus primeras palabras como nuevo presidente de la República a los partidarios que llenaban la plaza de la Constitución. No hubo sorpresas. Reafirmó sus principales promesas de campaña. Insistió en ser parte de un proyecto colectivo heredero de luchas que llevan siglos. Señaló que avanzará en las reformas “paso a paso”. Llamó a cultivar el respeto recíproco y a concordar una nueva Constitución que sea “un punto de encuentro y no de división”. Reafirmó su defensa de los derechos humanos “sin importar el color político del gobierno que los vulnere”, así como su vocación “profundamente latinoamericana.

“Por donde hablamos hoy y ayer entraban cohetes”, señaló con emoción Gabriel Boric, que con 36 años abrió las puertas de La Moneda a una generación que nació en democracia y dispuso de las oportunidades que, a pesar de sus defectos, ella les abrió.

Ahora viene la tarea de gobernar, bajo restricciones que parecen especialmente diseñadas para colocar obstáculos y límites a los espíritus excesivamente rupturistas.

La hora de gobernar

Optaron mayoritariamente por Boric, pero al mismo tiempo los electores se encargaron de elegir un Congreso donde este no tiene mayoría en ninguna de las dos cámaras. Se agrega a esto una extrema atomización, con 21 partidos y muchos parlamentarios que fueron en listas partidarias, pero que en realidad son independientes y actuarán como tales. Ya en sus primeras semanas el nuevo gobierno ha experimentado los sinsabores que depara no disponer de en el Congreso de una coalición homogénea, leal y mayoritaria¹⁶. El presidente y su equipo más íntimo tienen, sin embargo,

16. Un ejemplo de la debilidad del nuevo gobierno en el Congreso fue la presentación de un quinto retiro de los fondos privados de pensiones, el que a pesar de las advertencias

una cosa importante a su favor. A diferencia de un Piñera, Bachelet, Lagos o Frei, se sienten cómodos frente al parlamento. Ellos aprendieron de políticas públicas en su hemicycle, no en las aulas de la Escuela de Gobierno de una universidad extranjera. Por lo mismo, se sienten a sus anchas en la búsqueda de acuerdos con los adversarios¹⁷.

En paralelo, el nuevo gobierno deberá prestar atención a la marcha de la Convención Constitucional. Ciertamente: hay que cuidar la autonomía del poder “constituyente” y “constituido”, pero no se pueden cerrar los ojos a un hecho evidente: el fracaso de la Convención sería el fracaso del nuevo gobierno, toda vez que ambos responden a un mismo proceso histórico. Tal revés podría tomar varias formas, con diferentes grados de plausibilidad: la primera, que el texto aprobado sea rechazado en el plebiscito de salida, lo que daría pie a una poderosa fuerza de oposición y multiplicaría la ya elevada incertidumbre; la segunda, que el texto sea aprobado por una mayoría ínfima, lo cual no le otorgaría la legitimidad que se busca y consagraría un equilibrio de fuerzas que podría alcanzar tintes catastróficos.

Para evitar tales riesgos se requiere que la Convención cumpla su cometido en los plazos fijados y que el texto aprobado por los constituyentes ojalá supere los dos tercios obligatorios, de tal modo que su confirmación en el plebiscito de salida sea a la vez transversal y masiva, como lo fuera en 1989, cuando se consagraron las reformas negociadas entre la Concertación y el régimen pinochetista cuando este estaba de salida luego de haber sido derrotado en el plebiscito del año anterior. Esto va a requerir refrenar el espíritu refundacional que domina a buena parte de los convencionales, que no aspiran simplemente a cambiar el modelo económico o reformar el sistema político, sino a crear desde la Constitución un nuevo paradigma de convivencia, lo cual abarca el lenguaje, el conocimiento, la idea de nación, la relación entre géneros, pueblos, regiones y territorios, el vínculo con la naturaleza y otras especies, la arquitectura de poder y participación; que

del Presidente Boric y sus ministros sobre su efecto inflacionario, fue votado a favor por la mayoría de los diputados “oficialistas”.

17. Al respecto basta ver el récord legislativo del diputado Boric: entre 2018-2021 firmó 77 mociones, 49 en conjunto con diputados de la ex-Concertación y 28 con parlamentarios de la centro-derecha.

siguen nuevas corrientes científicas, intelectuales y culturales que, si bien no son aún hegemónicas y por lo mismo suenan extravagantes, tienen para ellos el mismo atractivo que tuvieron las ideas neoliberales para quienes confeccionaron la Constitución de 1980; que están resueltos a experimentar sin concesiones el nuevo paradigma, basados en la convicción que esto pondrá a Chile a la vanguardia de un cambio planetario.

El nuevo gobierno deberá encarar urgencias como el combate a la pandemia, la reactivación económica, la contención de la inflación, más todas las derivadas de la situación del mundo tras la invasión de Putin a Ucrania. Al mismo tiempo tendrá que atacar, desde su inicio, un asunto que es siempre incómodo para los gobiernos de izquierda —y por qué no decirlo, para las nuevas generaciones nacidas en democracia—: los problemas de orden público, tales como delincuencia, narcotráfico, inmigración ilegal, la violencia en la zona sur escudada en la causa indígena, así como la alteración y destrucción de los espacios públicos. La población puede tolerar que la solución a los déficits en materia de pensiones, salud, vivienda, educación y otras materias por el estilo sea gradual y tome tiempo; lo que difícilmente va a tolerar es que la cuestión del orden público se siga desbordando, y si esto sucede, de seguro se lo cargará sin misericordia al nuevo gobierno.

Abordar este ámbito va a requerir reponer la legitimidad de Carabineros, tanto la institucional como la ciudadana y, en simultáneo, encarar la demanda por una “liberación de los presos de la revuelta”, que hoy se esgrime como pretexto para la violencia callejera, la cual se ha mantenido —cuando no acentuado— en las primeras semanas del nuevo gobierno.

Para asumir los desafíos mencionados —y otros que seguramente explotarán— es clave para la administración entrante ir configurando una coalición que tenga vocación de gobierno y que le provea de una vasta mayoría, tanto en las instituciones políticas como en la sociedad. Esto implica, de un lado, alinear con el gobierno a la multitud de partidos que forman Apruebo Dignidad y, del otro, construir una convivencia constructiva con las fuerzas de la vieja centro-izquierda, parte de las cuales forman parte del gobierno, las que poseen un peso relevante en el Congreso y los municipios.

Ahora bien, y como es sabido, las coaliciones son un plato que se cocina a fuego lento, que cuando se aceleran inevitablemente se malogran. Su cocción no puede reducirse a los pactos entre partidos: debe madurar a la vez en los movimientos sociales, así como en las esferas culturales e intelectuales. Lo que surja quizás nunca alcance mucha formalidad. Basta un propósito general común —una suerte de base moral-emocional— y, a partir de ahí, puede adoptar fisonomías variables según los temas y las circunstancias. Es como funcionan las estructuras en estos tiempos, cuando las identidades brotan como hongos y se cuidan como hueso santo, y reina lo híbrido, lo flexible, lo adaptativo.

Atender la demanda por orden público, asegurar el éxito de la Convención, continuar el combate a la pandemia y la reactivación económica, contener medidas populistas que incrementen la presión inflacionaria y, por encima de todo, consolidar una coalición política que amplíe su arco de apoyo y que posea vocación de gobierno: estas son las prioridades más inmediatas del presidente Boric en su primer año de gestión. Las reformas de fondo, a excepción de la tributaria, tendrán que esperar aguas un poco menos recelosas. Si sale adelante el joven dirigente estudiantil, habrá pasado de “fenómeno a jefe de Estado y de gobierno.

Santiago, abril 2022

¿REFORMA O REFUNDACIÓN? EL DILEMA DEL GOBIERNO DE BORIC Y EL APRUEBO DIGNIDAD

● IGNACIO WALKER¹

“No son 30 pesos, son 30 años”. Tal fue la consigna pregonada en las calles, pintada en los muros de las principales ciudades y recogida por los dirigentes del Partido Comunista y el Frente Amplio en los días y semanas que siguieron a la revuelta del 18 de octubre de 2019. El aumento en 30 pesos de la tarifa del metro aprobado por un panel técnico fue el detonante que llevó a los estudiantes secundarios a saltar (y destruir) los torniquetes del metro, una empresa del Estado que transporta a 2,8 millones de personas diarias. Más de 20 estaciones del metro fueron enteramente destruidas y quemadas -mientras que 100 de las 138 estaciones fueron dañadas- en la misma noche del 18/10 en una acción perfectamente coordinada y sincronizada de grupos que se supone anarquistas y que hasta el día de hoy no han podido ser identificadas (salvo una decena de jóvenes que no parecen ser los verdaderos autores intelectuales de esa destrucción de la propiedad pública). Entre las estaciones destruidas y dañadas el metro tuvo que invertir US\$ 240 millones para reponer el servicio de una empresa estatal reconocida por su eficiencia, solvencia y buen servicio.

1. Investigador senior de CIEPLAN y docente en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

“Evasión masiva, desobediencia civil y renuncia de Piñera” fue la consigna gritada en las calles por los principales dirigentes del PC y el FA, incluido el joven diputado Gabriel Boric, en los días que siguieron al llamado “estallido social”. El problema no era el alza de la tarifa del metro sino los 30 años de la Concertación (1990-2010) y la Nueva Mayoría (2014-2018), las coaliciones de centro-izquierda que habían gobernado durante 24 de los últimos 29 años². La acusación era que la Concertación, bajo los gobiernos de Patricio Aylwin, Eduardo Frei, Ricardo Lagos y Michelle Bachelet, no habría hecho más que administrar el modelo “neoliberal” heredado de la dictadura de Pinochet y los *Chicago Boys*. Algo así como la “herencia maldita” que los dirigentes del PT imputaron a los gobiernos del presidente Fernando Henrique Cardoso (1992-2002) en Brasil.

En las noches del 18/10 y el 12/11 Chile ardía en llamas³. La fuerte e inusitada expresión de violencia, incluidos saqueos de supermercados, destrucción de la propiedad pública y privada, barricadas, copamiento de los espacios públicos por diversos tipos de manifestaciones y una explosión de la delincuencia común mezclada con la acción del lumpen de pronto hicieron emerger la imagen del “estado de naturaleza” de Hobbes, con un sinnúmero de columnas y entrevistas referidas a la realidad de un “estado fallido”, que, a decir verdad, ya por muchos años había ido abriéndose paso frente a la acción del micro y narco tráfico, delincuencia común, crimen organizado y violencia en la Araucanía (relacionada con el conflicto

2. En los días siguientes, cuando vi el entusiasmo con que dirigentes, militantes y simpatizantes de la ex Concertación y la NM se sumaban a la consigna y al estallido social de octubre, me permití enviar un tuit que decía: “les recuerdo a mis camaradas y compañeros que hemos gobernado 24 de los últimos 29 años”, pues pareciera que hubiésemos estado en la vereda de enfrente y no en las tareas y responsabilidades de gobierno. Pues bien, obtuve como 8.000 *likes*, lo que es mucho para mí.

3. Ver el artículo de Arturo Fontaine, “Asonada en Chile”, en Letras Libres, 24 de octubre de 2019, en la semana misma del estallido: “Los alumnos que se han consagrado al fuego han sido educados en el convencimiento de que lo que existe es malo desde su raíz y, por tanto, las llamas envuelven el mal. Su tarea política es de limpieza moral. Sodoma y Gomorra serán destruidas por el fuego y el azufre. Sus bombas molotov y acelerantes causan un fuego purificador. La vibración de esas grandes lenguas de fuego anuncian una nueva sociedad. ¿Cuál? Nadie sabe. Pero los anima una fe religiosa: sobre las cenizas surgirá una sociedad justa”.

mapuche). Algunos especulaban sobre una situación pre revolucionaria de izquierda o una pre autoritaria de tipo fascistoide, con referencias a sesudos estudios sobre la materia.

El primer signo de un camino distinto -el de una vía institucional que se abría paso frente a la vía insurreccional- vino con la marcha pacífica y masiva de un millón de personas el 25/10, apenas una semana después del estallido del 18/10. Haciéndose cargo de las sentidas demandas sociales de la revuelta y como para plantear la problemática del viejo tema de los métodos de acción política, esa marcha logró hacer revivir una de las características de la historia política de Chile: la de los recursos políticos e institucionales para procesar las demandas sociales y enfrentar los momentos de crisis.

Ese fue el significado más profundo del histórico Acuerdo sobre la Paz Social y la Nueva Constitución del 15/11 en momentos en que el país se debatía entre declarar el Estado de Sitio ante una situación que se veía como fuera de control o suscribir un acuerdo político que intentara radicar y procesar el conflicto en sede institucional. Ese fue el momento de los partidos y los parlamentarios de gobierno y oposición. Ese fue el mejor momento de la política chilena de los últimos dos años. Ese fue el momento en que quedó galvanizado y en proceso de consolidación el liderazgo de Gabriel Boric.

Pese a que el PC se auto marginó del Acuerdo y votó en contra la reforma constitucional de diciembre de 2019 que dio lugar al proceso constituyente en marcha, y pese a que su propio partido, Convergencia Social, uno de los partidos del Frente Amplio, le quitó literalmente el piso (a las 2 am de la madrugada del 15/11), Gabriel Boric concurrió a firmar el Acuerdo por sí y ante sí, como persona natural, a diferencia de todos los demás dirigentes, de gobierno y oposición, que firmaban a nombre de sus colectividades políticas, de gobierno y oposición, desde la UDI hasta Revolución Democrática (otro de los partidos del FA).

He dicho en alguna columna por ahí que la firma por parte de Boric del Acuerdo del 15/11 fue el equivalente al “dedo de Lagos” -referido al momento en que Ricardo Lagos emplazó a Pinochet en un programa de TV en el plebiscito de 1988, apuntándolo con el dedo- o el “tanque de Bachelet”,

aquella foto inolvidable de cuando Michelle Bachelet, como Ministra de Defensa de Lagos, se subió e hizo fotografiar arriba de un tanque del ejército, lo que caló muy hondo en el imaginario colectivo. Lagos y Bachelet eran los primeros presidentes socialistas en alcanzar el gobierno desde Salvador Allende, en un esquema de centro-izquierda (incluida la Democracia Cristiana). Boric es el primer presidente en dirigir un gobierno de izquierda desde la Unidad Popular.

Y es que así se escribe la historia. También está el elemento del azar como lo señalara el propio Boric en alguna entrevista al recordar cómo su triunfo por cuatro votos como presidente del Centro de Alumnos de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile lo hizo aparecer en el radar de la política, alcanzando luego la presidencia de la Federación de Estudiantes de esa universidad en pleno movimiento estudiantil de 2011. Fue en esos días del estallido o revuelta y fundamentalmente con su firma en el Acuerdo del 15/11 que el joven dirigente estudiantil devenido en diputado y dirigente de un partido de izquierda consolidó su imagen y liderazgo.

De ahí para adelante el liderazgo de Boric no hizo más que crecer y consolidarse. Convertido en candidato del FA -con un enorme esfuerzo por conseguir las firmas que la ley requería- logró derrotar nada menos que a Daniel Jadue, candidato del PC y favorito en todas las encuestas, en una primaria legal en que participaron 1,6 millones de personas (con 600.000 votos en favor de Boric). A pesar de llegar segundo en primera vuelta frente al candidato de la extrema derecha, José Antonio Kast, quien había mostrado simpatías por Donald Trump y Jair Bolsonaro, una brillante campaña en la segunda vuelta logró movilizar a los jóvenes y sectores urbanos hasta alcanzar un 55% de los votos -la misma cifra del NO en el plebiscito de 1988- contra el 45% de JAK, la misma cifra del SÍ en 1988. Parecía que los clivajes de la transición volvían a aparecer en toda su majestad.

En la segunda vuelta votaron 1,3 millones de ciudadanos y ciudadanas más que en primera vuelta. Era demasiado lo que estaba en juego, especialmente en relación a la candidatura de la extrema derecha. Gabriel Boric era elegido como el presidente más joven de la historia de Chile, con 36 años recién cumplidos, habiendo obtenido el mayor número de votos. El joven dirigente del FA, en representación de la región austral de Magallanes era

elegido por el Apruebo Dignidad, una coalición política del Partido Comunista y los partidos del Frente Amplio. El Partido Socialista, Partido por la Democracia, Partido Demócrata Cristiano y Partido Radical Social Demócrata, es decir, los partidos de la ex Concertación, tan vilipendiados por las propias fuerzas del PC y el FA llamaron a votar por el candidato de izquierda en la segunda vuelta electoral, contribuyendo decisivamente a su triunfo.

Conviene consignar que la candidata presidencial del PS, Paula Narvaez, contando con el apoyo del PPD y el Nuevo Trato -compuesto por partidos escindidos del FA que habían separado filas cuando esa coalición decidió aliarse con el PC-, había ido a golpear las puertas de los comunistas y el FA en el mes de mayo con la idea de ir juntos a una primaria legal, recibiendo una dura reacción de parte de esos partidos (algunos de ellos calificaron al PPD y Nuevo Trato de “neoliberales”). La prensa de la época habló del “portazo” de los partidos de la izquierda (PC y FA) contra la candidata de los partidos del socialismo democrático y la ex Concertación (PS, PPD y Nuevo Trato). Esa misma noche de mayo de 2021, en conferencia de prensa en horario *prime* de TV, la candidata Paula Narvaez dijo, con voz fuerte y clara: “El PC y el FA no son garantía de gobernabilidad”. Lo cierto es que la segunda vuelta electoral (*ballotage*) hizo que todos estos partidos, más el PDC y el PRSD, cerraran filas con Boric, el PC y el FA. Cabe consignar también que las fuerzas de centro-izquierda y la ex Concertación sufrieron un verdadero desastre electoral en la primera vuelta electoral de noviembre cuando su candidata, Yasna Provoste (DC), quien se había impuesto en una “consulta ciudadana” frente a la propia Paula Narvaez, obtuviera el quinto lugar con un 12% de los votos. En materia parlamentaria, los partidos de la centro-izquierda obtuvieron el peor resultado de los últimos 30 años.

Hasta aquí los hechos, ahora la interpretación de los mismos.

¿Cómo se explica el estallido social de octubre de 2019?

Existen decenas de teorías e innumerables libros, artículos, columnas, entrevistas de prensa y publicaciones sobre la materia, desde los partidarios

del orden que enfatizaban la falta de decisión por parte del gobierno y del Estado para reprimir la violencia de octubre, hasta aquellos sectores de la izquierda -crecientemente hegemónica- que ponían el acento en las reformas estructurales pendientes y la (ir)responsabilidad de los partidos de la centro-izquierda en cuanto a haber frustrado los anhelos de cambio durante los últimos 30 años. Sobre el primer tipo de teorías solo diré que la acusación contra el gobierno del presidente Piñera era exactamente al revés en términos de que la represión de octubre y noviembre había sido constitutiva de violaciones a los derechos humanos cometidas por agentes del Estado (principalmente Carabineros), como lo atestiguaran organismos internacionales como *Human Rights Watch*, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, Amnistía Internacional y la Alta Comisionada de DDHH de UN, y nacionales, como el Instituto de Derechos Humanos⁴.

Sobre el segundo tipo de teorías, provenientes de la izquierda extra Concertación, solo diré que no comparto ese juicio sobre los gobiernos de la Concertación y la NM, y menos aún su relación de causalidad con la revuelta de octubre. En el primer caso⁵, en lo que se refiere a los gobiernos de la Concertación, se trató de los mejores 20 años del último siglo en Chile casi bajo cualquier parámetro o medición. La Concertación llevó a cabo una transición pacífica a la democracia que significó la derrota del continuismo de Pinochet y las fuerzas del SÍ, y de la vía insurreccional promovida por el PC, culminando en el triunfo de las fuerzas del NO en octubre de 1988; la economía creció en un promedio de 5% durante 20 años lo que significó que se redujera la pobreza desde un 40% a un 8,6% (una de las más profundas reducciones de la pobreza en el mundo para esos 20 años), mientras que el GINI varió desde 0.55 a 0.45⁶; se alcanzó el

4. Hay que decir sobre este último que, en opinión de su director, Sergio Micco, esas violaciones no habrían sido “sistemáticas”, es decir, no habrían sido el resultado de una acción deliberada por parte del gobierno. Cabe consignar también que la fiscalía de la Corte Penal Internacional, que revisa los antecedentes de acciones constitutivas de Crímenes de Guerra, Genocidio y Crímenes de Lesa Humanidad, decidió que no existía mérito para conocer de los hechos acaecidos en Chile.

5. Mis reflexiones sistemáticas están contenidas en el libro de mi autoría, *“Pasión por lo Posible (Aylwin, la transición y la Concertación)”*, Ediciones UDP, Santiago, 2020.

6. Lo anterior referido al ingreso autónomo de las personas porque si consideramos el rol

más alto Índice de Desarrollo Humano de América Latina; la matrícula en la educación superior aumentó de 250.000 a 1,2 millones con 7 de cada 10 estudiantes pertenecientes a familias que por primera vez accedían a la educación terciaria, todo ello acompañado de una inversión directa e indirecta (vía concesiones) en obras públicas inédita en la historia de Chile con una cobertura de agua potable, alcantarillado y tratamiento de obras servidas equivalente a una de país desarrollado, y obras de gran envergadura en puertos, aeropuertos, autopistas, entre tantos otros ejemplos que podríamos citar. Bástenos con señalar que Chile pasó del sexto al primer lugar en América Latina en términos de ingreso per cápita y que la presidenta Bachelet, quien encabezara el cuarto gobierno de la Concertación, terminó con un 82% de aprobación en las encuestas de 2010, una cifra completamente inédita en términos comparativos.

¿Cómo explicar entonces el estallido social de 2019? Mi hipótesis es que es el acelerado proceso de crecimiento, modernización y desarrollo de los últimos 30 años lo que explica las tensiones, contradicciones y desigualdades que culminan con el estallido social de octubre de 2019. Las primeras manifestaciones de ese descontento se vivieron en 1997 con una alta abstención y votos nulos⁷, luego en 2006 con la marcha de “los Pingüinos” (movilización de los estudiantes secundarios) y, principalmente, las masivas movilizaciones sociales de 2011 encabezadas por dirigentes estudiantiles como Gabriel Boric, Camila Vallejos y Karol Cariola, ambas del PC, bajo la consigna de “educación gratuita, pública y de calidad”, con un fuerte cuestionamiento dirigido contra “el modelo” (supuestamente neoliberal).

redistributivo del Estado vía gasto social (que fue la opción y el énfasis de la Concertación en esos 20 años), entonces la razón de ingresos entre el 20% más rico y el más pobre se reduce casi a la mitad. Más específicamente, si consideramos la distribución del ingreso y la focalización del gasto público social la brecha entre el quintil I y el V se reduce de 15,3 veces (si solo consideramos el ingreso autónomo) a 8,3 veces (si consideramos el ingreso total). Ibid., p. 214.

7. Ya el Informe de Desarrollo Humano del PNUD sobre Chile, de 1998, bajo el sugerente título de “Las paradojas de la modernización” llamaba la atención sobre el malestar social vinculado al proceso de crecimiento, modernización y desarrollo de los años 90. Ese mismo año tenía lugar un debate al interior de la Concertación entre los (así llamados por la prensa) “auto complacientes” y “auto flagelantes”, un debate referido a la verdadera naturaleza del proceso de modernización en marcha.

Se trata del viejo tema de la modernización y el malestar social asociado a la misma, culminando en el estallido social de 2019. Este fue dirigido contra los abusos, privilegios -principalmente de las elites políticas y empresariales- y desigualdades⁸ existentes. Como lo demuestra sistemáticamente la sociología política de los últimos 60 años -el clásico trabajo sobre la materia es el de Samuel Huntington, “El orden Político en las sociedades en cambio” (1968)-, la modernización es en sí misma disruptiva y conduce en el extremo al “pretorianismo de masas” o situación de desborde institucional (en las palabras del propio Huntington). Eso es lo que vivimos en el estallido social de 2019, acompañado de un inusitado componente de violencia.

A lo anterior hay que sumar los errores e insuficiencias de los gobiernos de la Concertación y la Nueva Mayoría, los que dieron lugar a una creciente pérdida de sintonía con la ciudadanía, en el contexto de un fuerte cuestionamiento dirigido al modelo económico. El surgimiento de los primeros casos de corrupción en los años 2000 (en ningún caso una situación generalizada); la falta de atención por la situación de la educación pública (que corresponde al 37% de la educación escolar y al 20% de la educación superior); la incapacidad para resolver temas como listas de espera y falta de especialistas en la salud pública (que atiende al 80% de la población); la mantención durante los últimos 30 años del 10% de cotización previsional, lo que hace imposible financiar pensiones dignas⁹; la absoluta incapacidad para hacer frente al tema de la delincuencia común, micro y narcotráfico, crimen organizado y violencia en la Araucanía, especialmente en la última

8. Ver “*Desiguales (orígenes, cambios y desafíos de a brecha social en Chile)*”, PNUD, Santiago, 2018.

9. El movimiento “No más AFP” se ha convertido en uno de los más emblemáticos a nivel social, referido al sistema de capitalización individual instaurado por la dictadura en los años 80. A pesar de que la presidenta Bachelet instaló un pilar solidario en la reforma de 2008, estableciendo una Pensión Básica Universal y un sistema de Aporte Previsional Solidario, ello no ha logrado mejorar cualitativamente el nivel de las pensiones, existiendo un cuestionamiento generalizado sobre el conjunto del sistema previsional, el que careca de legitimidad social. El presidente Piñera logró, al término de su mandato, la aprobación de la nueva Pensión Garantizada Universa (PGU) que logró la incorporación de 500.000 personas más a la pensión básica garantizada.

década¹⁰ y, sobretudo, la imagen de “los mismos de siempre” instalados en el poder y en el gobierno, son algunas de las situaciones, errores e insuficiencias que explican la pérdida de sintonía con la ciudadanía, culminando en el estallido social de octubre-noviembre de 2019 y el desastre electoral de la centro-izquierda de noviembre-diciembre de 2021.

Esto último ha sido devastador y lo que hay detrás del triunfo de Boric, el FA y el PC -bajo el liderazgo de un notable elenco de dirigentes jóvenes- es un fuerte fenómeno y una demanda muy sentida de cambio generacional y de “tiraje de la chimenea” (es la versión criolla del “que se vayan todos” de nuestros vecinos argentinos). El cambio generacional, como un aspecto del viejo tema de la circulación de las elites dirigentes, es uno de los datos principales de la política de los últimos dos años. Existe la percepción en los actores sociales y analistas de que estamos enfrentados a un fin de ciclo político caracterizado no solo por un fenómeno de cambio generacional sino por un radical cuestionamiento del modelo económico existente, definido como extractivista, rentista y neoliberal, basado en la explotación de los recursos naturales, la concentración del poder económico y la desigualdad (o desigualdades) en favor de una diversificación de la matriz productiva y exportadora en el contexto del cambio climático y los nuevos desafíos que ello implica para un país en vías de desarrollo como Chile.

Adicionalmente, comenzó a emerger con mucha fuerza algo que es difícil de explicar pero que está ahí: los militantes y dirigentes de la ex Concertación empezaron a renegar de su propia obra, y de las transformaciones de los últimos 30 años, hasta el punto -como he dicho- que con mucha facilidad se fueron sumando a la consigna de “no son 30 pesos, son 30 años” como si hubiesen estado en la vereda de enfrente durante 24 de los últimos 29 años. El desastre electoral de la centro-izquierda y los partidos de la ex Concertación en noviembre último -no así en las elecciones de alcaldes, concejales y gobernadores de mediados de año en que la ex Concertación logró una ventaja holgada sobre el PC y el Frente Amplio- es

10. En la centro-izquierda y la izquierda el tema de la delincuencia y el orden público -que es la demanda más sentida de la población según lo atestiguan todas las encuestas de los últimos años- siempre ha sido visto como un tema de la derecha y los partidos del orden. Fue este el tema que explica el triunfo del candidato de la extrema derecha en la primera vuelta electoral y el 44% de los votos recibidos en el *ballotage*.

como la culminación de un proceso de deterioro de los relatos, propuestas y prácticas políticas que caracterizaron al Chile de los últimos 30 años, incluida la incapacidad para producir un recambio generacional que permitiera la proyección de las ideas matrices de la centro-izquierda.

Lo cierto es que, producto de todo lo anterior, el centro se ha ido quedando huérfano de representación política y la centro-izquierda se ha ido quedando como un casillero vacío. La polarización en la primera vuelta entre el candidato del PC y Frente Amplio, Gabriel Boric, y el candidato de la extrema derecha, José Antonio Kast, golpeó fuertemente a la centro-izquierda y también a la centro-derecha, las dos coaliciones que habían gobernado casi sin contrapeso durante los últimos 30 años y que sufrieron un fuerte revés electoral en las elecciones presidenciales.

Todo el proceso político-electoral descrito anteriormente tiene lugar con el trasfondo y en el contexto del proceso constituyente en marcha, lo que añade un importante elemento de complejidad. Solo quiero enfatizar que, en todo este proceso, la vía institucional se ha ido imponiendo sobre la vía insurreccional insinuada en octubre-noviembre de 2019. La expresión más visible de la vía institucional fue el Acuerdo por la Paz Social y la Nueva Constitución del 15/11. Ese acuerdo marca el punto más elevado de la política chilena en los últimos dos años y da cuenta de los recursos institucionales que tiene un país como Chile a la hora de enfrentar la más grave crisis social y política desde la recuperación de la democracia en 1990. El Apruebo en el plebiscito de entrada de Octubre de 2020 obtuvo un 80% de apoyo; ese “plebiscito de entrada”, junto con una serie de elecciones en el último año, son otra expresión de cómo la vía institucional se ha ido imponiendo (y legitimando) sobre la vía insurreccional insinuada en octubre de 2019.

Las tensiones al interior de las izquierdas

Habrá que ver en los próximos meses cómo transcurre el proceso simultáneo de, por un lado, un gobierno del Apruebo Dignidad (PC y FA), con Boric a la cabeza -gobierno que se abre a los partidos del “socialismo democrá-

tico” de la ex Concertación tras la conformación del gabinete presidencial del 21 de enero último- y, por otro, una Convención marcada por una fuerte presencia de la izquierda dura o radical (Lista del Pueblo, PC y FA), con una magra representación de la derecha -que equivale al 22% obtenido por la opción del Rechazo en el plebiscito de octubre de 2020- y una casi nula representación del centro (la DC eligió uno solo de 155 convencionales). Aunque nada de lo anterior es lineal, como lo demuestran las tensiones entre el PC y el FA al interior de la Convención Constitucional, es evidente que la izquierda dura o radical -llamémosla así- tiende a hegemonizar tanto al gobierno como a la Convención. De hecho, aunque son autónomos el uno respecto del otro, el resultado del trabajo de la CC, que está previsto para el 4 de julio próximo, está íntimamente vinculado al buen éxito del gobierno.

Frente a la fuerza gravitante de la izquierda dura o radical representada en ambas instancias (gobierno y Convención), existen, sin embargo, dos contrapesos que deben ser tenidos en cuenta al momento de hacer un análisis global de la situación política; me refiero, por un lado, a los dos tercios que se requieren para aprobar el nuevo texto constitucional -el que debe ser ratificado por mayoría absoluta y voto obligatorio en el “plebiscito de salida”- y, por otro, el relativo equilibrio político que surge de las elecciones parlamentarias de noviembre último, con una leve mayoría de las fuerzas de centro-izquierda e izquierda en la Cámara de Diputados y un empate matemático -cuando se le contrapone con las fuerzas de derecha y centro-derecha- de 25/25 en un Senado compuesto por 50 miembros. Cabe hacer notar que el Apruebo Dignidad tiene solo 5 senadores (al igual que la DC, por ejemplo, que también tendrá 5 senadores) y 37 de 155 diputados en la Cámara (el mismo número que las fuerzas de centro-izquierda). Hay, pues, una clara hegemonía de la izquierda dura o radical en el gobierno y un predominio de dichas fuerzas en la Convención (con tensiones internas) y un mayor equilibrio político en el parlamento, tanto en la Cámara de Diputados como en el Senado.

Todo esto obligaría a ponerse de acuerdo, a construir consensos -una de las palabras más criticadas desde la izquierda dura o radical cuando se trata de analizar o referirse a las características de la transición y de la Concertación-. Se supone que la “democracia de los acuerdos” propia de la

transición y la Concertación, expresión de “la política de lo posible instituida por el gobierno de Aylwin, con su lógica transaccional y de concesiones recíprocas con la derecha, habría sido una de las formas más elocuentes de darle la espalda a las más sentidas aspiraciones de la gente.

Uno de los aspectos relevantes del debate público en torno a la nueva correlación de fuerzas surgida de las elecciones presidenciales de noviembre/diciembre último se refiere al giro que tuvo la candidatura Boric entre la primera y segunda vuelta: ¿cuál Gabriel Boric va a gobernar, se preguntan los analistas, el de la primera vuelta (26% de los votos) o el de la segunda vuelta (55% de los votos)? ¿El del espíritu refundacional y el populismo de izquierda que está en el ADN del Apruebo Dignidad (PC y FA) o el del espíritu reformista de corte social demócrata que insinuó Gabriel Boric en la segunda vuelta y que lo condujo al triunfo? En definitiva, ¿cuál tesis terminará por imponerse, la de la reforma o la refundación?

Lo anterior plantea el tema de las tensiones que tendrán lugar no solo entre gobierno y oposición, en un cuadro de relativo equilibrio político en el parlamento, sino al interior del Apruebo Dignidad y entre este y el presidente Gabriel Boric. Esas tensiones -especialmente entre el PC y el FA-, tal como hemos dicho, ya han estado presentes en la Convención: “el Apruebo Dignidad no existe en la Convención Constitucional”, tal como lo declarara públicamente el convencional Patricio Fernández, del Colectivo Socialista. ¿Irán a replicarse esas tensiones al interior del gobierno? ¿Lograrán el PC y el FA cerrar filas en torno al programa y las tareas del gobierno?

Con su triunfo en la segunda vuelta, Gabriel Boric ya ha logrado trascender las fronteras de su propia coalición política. Así lo demuestra la conformación del gabinete presidencial. En este ha incorporado a 8 independientes de izquierda (de un total de 24), además de representantes del PS, PPD, Partido Liberal y Radical, no así a la Democracia Cristiana que, como hemos dicho, en su última Junta Nacional de noviembre decidió apoyar la candidatura de Boric en segunda vuelta, pero no ingresar en el gobierno. Queda por verse cómo el presidente hará frente en los próximos meses y años a las tensiones que de seguro existirán con los partidos del Apruebo Dignidad. Boric ya ha conquistado el gobierno, queda por delante la gran tarea de asegurar la gobernabilidad. Más específicamente, está por verse si

la social democratización -no se me ocurre un término más adecuado- de la segunda vuelta, encabezada por el propio candidato y base de su triunfo electoral, encontrará eco al interior de su propia coalición.

La mejor demostración de la social democratización de la segunda vuelta electoral fue la adopción de dos documentos en el ámbito económico-social que condujeron a una clara moderación en el discurso del candidato, con una gran interrogante acerca de cómo esos documentos serán procesados por los partidos del Apruebo Dignidad. Me refiero a los documentos “Un crecimiento sostenible y equitativo para el corto y mediano plazo”, de 7 carillas (<https://boricpresidente.cl/propuestas/crecimiento>), y el “Acuerdo de implementación económica”, de 18 carillas (<https://boricpresidente.cl/propuestas/implementacion>), elaborados y entregados por un Comité Asesor Económico de la candidatura de Gabriel Boric¹¹, a los que se ha bautizado como *adendum*. El líder de la izquierda fue claro en señalar públicamente, en los debates e intervenciones públicas, que esos documentos reflejan su propia postura como candidato. ¿Debemos suponer que el PC y los partidos del Frente Amplio hacen igualmente suyos ambos documentos, con énfasis en la gradualidad y la responsabilidad fiscal? Porque lo que está claro es que ambos documentos entran en tensión con las 229 páginas del “Programa de gobierno del Apruebo Dignidad”¹². No debemos olvidar que, en los días siguientes a la primera vuelta electoral, mientras el candidato Boric decía “por supuesto que vamos a hacer modificaciones (al programa), si no, ¿para qué uno habla?”, el presidente del PC, Guillermo Tellier, decía que “no hay tiempo para ir a discutir un nuevo programa, eso no va a ser

11. Ambos documentos fueron elaborados por economistas de centro-izquierda, de corte más bien social demócrata, que no eran ni son parte del Apruebo Dignidad y que cuentan con un reconocido prestigio intelectual y académico como Andrea Repetto, Eduardo Engel y Roberto Zahler (ex presidente del Banco Central). Estos dos documentos recogen una cierta ortodoxia en materia económica, especialmente desde el punto de vista de la gradualidad de los cambios y la responsabilidad fiscal. Ambos documentos lograron imprimirle un giro a la campaña de Boric tras la conquista del voto moderado, de centro, de los independientes y de los nuevos sectores medios emergentes y aspiracionales.

12. Mi visión crítica de ese programa se puede leer en <https://www.latercera.com/la-tercera-pm/noticia/equidad-sin-crecimiento-el-programa-de-boric-ii/3TV6UVEHGBFSPAL6S2H-THYWEZ4/>

así, para que queda claro”, añadiendo que “hay un programa de Apruebo Dignidad y ese es el programa”. ¿Cuál de estas versiones terminará por imponerse?

Algunos analistas se han preguntado si ese movimiento hacia el centro, la moderación y la social democracia fue un movimiento táctico, de tipo electoral, o si surge desde las propias convicciones. El candidato de la izquierda ha sido claro en señalar que esas definiciones responden a sus propias convicciones. A ambos documentos les ha colocado el timbre “Boric presidente”. ¿Qué piensan el PC y los partidos del Frente Amplio? A decir verdad, la pregunta es mucho más de fondo. Lo que está en juego es si en definitiva prevalecerá el “populismo de izquierda” -de cuya defensa se encargan Chantal Mouffe y Ernesto Laclau, dos de los principales teóricos del Frente Amplio-, o la impronta social demócrata que está presente en la segunda vuelta electoral y en los dos documentos del Comité Económico Asesor (Boric reconoció, en el último debate presidencial, que no lo incomodaba el término “social demócrata” para definir ambos documentos). Lo que está por verse es si prevalecerá el afán refundacional que ha caracterizado al PC y partidos del Frente Amplio o la impronta reformista que está presente en los aludidos documentos y en la segunda vuelta electoral. En una entrevista en el mes de enero en El Mercurio el diputado Gonzalo Winter, de Convergencia Social, dijo que el gobierno de Boric sería reformista, y no refundacional, y que el programa era de corte socialdemócrata. ¿Esa declaración recoge el consenso al interior del Apruebo Dignidad?

La campaña de la segunda vuelta fue pródiga en gestos hacia los partidos y líderes de la ex Concertación, recibiendo su apoyo en las horas y días siguientes, incluyendo a la Democracia Cristiana. Particularmente elocuentes fueron los encuentros con Ricardo Lagos, Michelle Bachelet y Carmen Frei, líder de la DC (en la carta que Boric dirigió a la Junta Nacional de este último partido ofreció sus excusas por una cierta “arrogancia generacional”). Eugenio Tironi ha dicho que esos gestos marcan una “reconciliación” con la generación de los padres, de la ex Concertación, el encuentro o re-encuentro con quienes hasta hace poco denostaban y estigmatizaban. En su momento, Michelle Bachelet llegó a decir que los dirigentes del FA eran “los hijos de la Concertación”. Lo cierto es que está por verse hasta qué

punto estas convicciones y el giro de la segunda vuelta encuentran eco en los partidos del Apruebo Dignidad, o responden básicamente a las convicciones del presidente.

Lo de Boric no es una súbita conversión, ni menos un renegar de su propio pasado, ni un mero acomodado táctico. Lo que hay, lo que se percibe, lo que está en el aire es un liderazgo político que da cuenta de una evolución y de una maduración en mucha sintonía con la sociedad que emerge producto de las transformaciones y las tensiones y contradicciones de los últimos 30 años y que experimenta los síntomas de un nuevo ciclo político. Boric tendrá que administrar, procesar y digerir sus propias tensiones y contradicciones, ¡qué político no las tiene! Ha sabido reconocer sus errores, incluso pedir perdón y, sobretodo, enmendar y rectificar (como en la segunda vuelta). No es poca cosa para un joven líder de 36 años recién cumplidos que ha demostrado gran capacidad para escuchar, dialogar, y enmendar. Lo que hay es una evolución y un proceso de maduración no solo para él sino para quienes condujeron el movimiento estudiantil de 2011, como Giorgio Jackson (RD), actual Ministro Secretario General de la Presidencia, Camila Vallejos (PC), actual Ministra Secretaria General de Gobierno, y Karol Cariola (PC), encargada como diputada de las relaciones con el parlamento, la generación del recambio.

Subsiste empero la interrogante acerca de la coherencia de la coalición del Apruebo Dignidad, la cohesión (o falta de ella) entre el PC y el FA, y la forma en que estos podrán convivir en el gobierno con los partidos de la ex Concertación (PS, PPD y PRSD)¹³, con la sola exclusión -o auto marginación habría que decir- de la Democracia Cristiana. ¿Cómo convivirán los dichos y los hechos de los principales dirigentes del PC y el FA en los últimos dos años, en el contexto del estallido social, con las tareas del gobierno y la responsabilidad que ellas acarrearán? ¿Cómo va a asumir -o no va a asumir- la coalición Apruebo Dignidad la definición sociológica del Estado como el

13. El ex diputado y convencional del PC, Hugo Gutiérrez, en declaraciones formuladas ante la prensa en relación a la conformación del gabinete presidencial, dijo: “No sabía que Apruebo Dignidad tenía un acuerdo con la ex Concertación () pero bueno, no puede uno menos que felicitar al Partido Socialista, qué manera de ganar perdiendo” (20 de enero). Cabe consignar que el PS incluyó a cuatro ministros de sus filas (dos de ellos independientes), mientras que el PC obtuvo solo tres nominaciones, incluyendo a la vocera del gobierno, Camilla Vallejos, que como tal será miembro del Comité Político.

monopolio del uso legítimo de la fuerza enfrentados a los problemas de orden público que todo gobierno tiene que encarar? ¿Cómo va a encarar el problema de la privatización de la violencia que pasa por el narco tráfico, el crimen organizado y la violencia en la Araucanía -el llamado *Wallmapu*- hasta el punto que en algunos lugares del país se empieza a hablar de “Estado fallido”? ¿Va a llamar acaso a no “criminalizar la protesta social” -como lo han hecho en los últimos dos años- cuando Carabineros tenga que reprimir barricadas, destrucción de la propiedad pública o privada y atentados contra la seguridad de las personas o el orden público, cumpliendo órdenes de la ministra del Interior (Izkiá Siches, la primera ministra del Interior de la historia de Chile)? ¿O va a protestar la coalición de gobierno cuando el presidente Boric -quien ya ha dicho que va a aplicar la ley- decida declarar un estado de excepción constitucional en la Araucanía, bajo la consigna de “no militarizar el Wallmapu”? Se pueden gritar consignas en la calle, pero escasamente se puede gobernar sobre la base de ellas. ¿Y en qué estado quedan las definiciones del PC en su reciente XXVI Congreso concluido en diciembre de 2020 en torno a la tesis de la “ruptura democrática y constitucional”¹⁴, que incluye, en las palabras del presidente del partido en la clausura de dicho Congreso, “rodear con la movilización de masas a la Convención Constitucional”?

Gabriele Boric ha demostrado con creces un liderazgo político -asumiendo sus propias tensiones y contradicciones- que lo coloca en una posición muy expectante en términos de la Presidencia de la República -el “resorte principal de la máquina” según la clásica definición de Diego Portales, uno de los forjadores del “Estado en forma” en el siglo XIX-; lo que queda por verse es si podrá hacer frente a las tensiones y contradicciones al interior de su propia coalición política, la del Apruebo Dignidad, ampliada a los partidos de izquierda de la ex Concertación.

Sabido es que las elecciones se escriben en poesía y los gobiernos en prosa; lo que no sabemos es hasta qué punto la deriva social democrati-

14. Esta tesis está en las antípodas de aquella del “gobierno de nuevo tipo”, entendido como un momento de “profunda flexibilidad táctica” -una especie de actualización de la tesis del Frente Popular de los años 30 y 40- que el PC definió en su XXIV Congreso de 2010 y que facilitó la formación del gobierno de la Nueva Mayoría (2014-2018).

zadora del presidente electo, que lo condujo al triunfo en la segunda vuelta electoral, encontrará eco al interior de su propia coalición. Sin duda que la conformación del nuevo gabinete y muy particularmente la designación de Mario Marcel -ex presidente del Banco Central y uno de los economistas más respetados y respetables de Chile y de América Latina- como Ministro de Hacienda, nos da una pista acerca de las verdaderas intenciones del presidente Boric. Marcel es una persona formada en CIEPLAN -seis de los ministros de Hacienda de los últimos 30 años lo han sido-, fue asesor de Alejandro Foxley, subdirector de Presupuesto bajo el gobierno de Frei Ruiz-Tagle y director durante los 6 años del gobierno de Ricardo Lagos, militante del PS hasta su designación como presidente del Banco Central; quiero decir, viene del ADN de la ex Concertación y se define como socialdemócrata¹⁵.

Hay que darle crédito al presidente y al propio Marcel por aceptar ese cargo saliendo este último de su “zona de confort”, como él mismo lo ha dicho, tras haber sido confirmado en enero último como presidente del BC por el presidente Piñera por tres años más; todo eso avala la tesis de la socialdemocratización, en clave reformista, de la segunda vuelta electoral. También hay que estar atentos a cómo la DC va a jugar sus cartas desde el parlamento y la oposición¹⁶; con 5 senadores y 8 diputados es evidente que tiene un rol que jugar desde el parlamento. Es más, esos votos inclinarán la balanza de la mayoría de los proyectos de ley en consideración a los equilibrios políticos que han quedado expresados en el parlamento.

Reforma o refundación

Lo que caracteriza al gobierno de Boric y el Apruebo Dignidad es un programa de cambios y una agenda transformadora. El dilema que enfrenta

15. En entrevista del 25 de enero, en radio Universo, Daniel Jadue, ex candidato presidencial del PC, declara que “Marcel es un fiel defensor del credo neoliberal”. Y es que para un sector del AD el neoliberalismo no se distingue cualitativamente hablando de la socialdemocracia.

16. Ha habido una discusión al interior del partido democristiano sobre si será “oposición” o una suerte de instancia independiente de colaboración con el gobierno de Boric, desde el punto de vista de su agenda transformadora.

es si esos cambios los abordará en clave reformista, como pareciera ser el deseo del propio presidente, o refundacional, como ha sido y es la definición de su coalición política de apoyo, el Apruebo Dignidad. Junto con la señal del gabinete presidencial, en que subsisten ambas lógicas, está por verse en qué terminará el trabajo de la Convención Constitucional, cuya fecha de término es el 4 de julio. La presencia de una izquierda dura o radical compuesta por la Lista del Pueblo, el PC y el FA, en una lógica no siempre convergente con el Colectivo Socialista, Colectivo del Apruebo e Independientes No Neutrales, solo por mencionar el espacio político de la centro-izquierda, señala un conjunto de interrogantes y un resultado bastante incierto especialmente si consideramos el requisito de los dos tercios para la aprobación de un nuevo texto constitucional que permita dar por superada definitivamente a la Constitución de 1980.

Tal vez una de las formas de iluminar esta tensa relación entre la lógica reformista y la refundacional es en base a algunas de las principales influencias intelectuales en algunos de los máximos dirigentes e “intelectuales orgánicos” del Frente Amplio, como es el caso de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, lo que nos da algunas pistas en torno al tema en discusión¹⁷. Jaime Bassa, representante del Frente Amplio y Vicepresidente de la Convención Constitucional, en su discurso ante la misma de 20 de octubre de 2021, dijo lo siguiente: “Somos el fin de una historia de despojos; despojo de los bienes comunes, pero también de la capacidad de imaginación política (...) Este proceso no se trata solo de escribir un nuevo texto constitucional (...) sino el hito fundacional de una nueva institucionalidad y de nuevas estructuras de poder”. Ernesto Laclau escribió: “El pasaje de una formación hegemónica a otra, de una configuración popular a otra diferente, siempre va a involucrar una ruptura radical, una *creatio ex nihilo*” (*La Razón Populista*, FCE, primera edición, 2005, p. 283). Chantal Mouffe, por su parte, agrega lo siguiente: “Existen dos maneras de concebir el ámbito de lo político. El enfoque asociativo lo entiende como el terreno de la libertad y la acción concertada. Por su parte, el enfoque disociativo lo entiende como el terreno del conflicto y el antagonismo. Mi reflexión comparte la visión disociativa y la base de un enfoque teórico desarrollado en *Hegemonía y*

17. Las líneas que siguen están tomadas de mi artículo “Refundación y populismo de izquierda: el ADN del Apruebo Dignidad” publicada en El Mostrador, 4 de marzo de 2022.

Estrategia Socialista, según el cual se necesitan dos conceptos claves para tratar la cuestión de lo político: “antagonismo” y “hegemonía”. Ambas nociones señalan la existencia de una dimensión de negatividad radical que se manifiesta en la posibilidad siempre presente del antagonismo” (*Por un populismo de izquierda*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2018, p. 65).

En las citas precedentes podemos encontrar algunas de las claves del proyecto político e histórico del Frente Amplio, tanto en relación al gobierno como sobretodo a la Convención Constitucional. Mal que mal, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe son de los principales -sino los principales- teóricos o intelectuales del Podemos en España y el Frente Amplio en Chile. El proyecto refundacional del Apruebo Dignidad, que incluye también al Partido Comunista, incluye una mirada hacia atrás (historia de despojos) y hacia adelante (hito fundacional) en términos de una ruptura radical entendida como *creatio ex nihilo* -o creación a partir de la nada-, en las palabras de Laclau.

Es mayo de 1968 pero mucho más que eso como que tanto Laclau como Mouffe toman ese punto de partida y la emergencia de los movimientos sociales en los años y décadas siguientes para demostrar las falencias o insuficiencias tanto del marxismo como de la socialdemocracia, ambas ancladas en las viejas categorías de las clases sociales. Surge así la necesidad de una nueva teoría política de la democracia construida sobre el concepto de “pueblo”, de construcción de un pueblo, en el contexto de la crisis de hegemonía del proyecto neoliberal¹⁸. Ese proceso de construcción hegemónica tiene lugar sobre la base de la confrontación o antagonismo entre los de abajo y los de arriba, pueblo versus oligarquía, teniendo como trasfondo la filosofía política de Carl Schmidt -tomada expresamente por Chantal Mouffe en Europa y por Fernando Atria en Chile, uno de los principales intelectuales y convencional constituyente del Frente Amplio- en lo que se refiere a la relación entre amigo y enemigo como condición *sine qua non* de lo político.

Es importante tener en cuenta el punto de partida y las consecuencias teóricas que los exponentes del postestructuralismo asumen en el desarrollo

18. Ver Carlos Ruiz, uno de los principales intelectuales del Frente Amplio, “Octubre chileno: la irrupción del nuevo pueblo” (Taurus, 2020).

de su concepción sobre democracia y populismo. Me refiero a la profunda insatisfacción de ambos y a la crítica radical dirigida contra la socialdemocracia europea -especialmente hacia los años 80 y 90-, la que habría devenido en social liberalismo, renunciando a un proyecto de democracia radical, alejada de cualquier vocación transformadora. No es casualidad que el libro de Laclau se escriba en 2005 en pleno auge de la “Tercera Vía” de Anthony Giddens, con al trasfondo de los gobiernos de Tony Blair y Gerhard Schroeder, en Gran Bretaña y Alemania, respectivamente, tendencia que también podría aplicarse a los gobiernos de Bill Clinton en EEUU, Fernando H. Cardoso en Brasil y Ricardo Lagos en Chile.

Ellos -sobretudo los primeros- no serían otra cosa que una forma encubierta de neoliberalismo en la era del capitalismo globalizado. Surge la necesidad de desenmascarar la verdadera naturaleza de esta centroizquierda socialdemócrata y reformista en favor de una izquierda radical. No hay que perder de vista que, en el caso de España, el proyecto de Podemos surge como una crítica radical al PSOE y a la transición española mientras que el proyecto del Frente Amplio -y el del Apruebo Dignidad- surge como una crítica radical a la experiencia reformista, de centroizquierda, de la Concertación, con el trasfondo de una transición entendida como transformismo (en términos gramscianos¹⁹).

Laclau reivindica el populismo como expresión de la política *tout court* acompañado de una crítica a las ideas de “consenso de centro”²⁰, la apelación a las “clases medias” y el proceso de despolitización -que Schmidt asocia al liberalismo en la era moderna- en aras de la simple administración como algunas de las manifestaciones presentes en la centroizquierda europea, reformista y socialdemócrata. “El populismo es, simplemente, un modo de construir lo político” (p. 11), agrega; el pueblo y la identidad popular son un proceso en construcción, lo que supone una frontera de exclu-

19. La tesis del transformismo en Chile la toma y desarrolla Tomás Moulian en *Chile Actual: Anatomía de un Mito*, LOM editorial, Santiago, 1997.

20. En su emocionado y elocuente discurso de despedida como Vicepresidente de la Convención Constitucional del 4 de enero Jaime Bassa cuestiona el “consenso al centro”, en Chile y el mundo, construido de manera forzada y con renuncias respecto de cuestiones fundamentales.

sión que divide a la sociedad en dos campos irreductibles. El populismo es por definición antiinstitucional, supone ruptura y antagonismo; es guerra de posición más que de movimiento (en términos gramscianos).

Casi una década y media después, teniendo en cuenta la “crisis de la formación hegemónica neoliberal” y las insuficiencias y falencias de la izquierda tradicional (marxista y socialdemócrata), Chantal Mouffe asume derechamente la defensa del “populismo de izquierda” (tal como lo indica el título de su libro). Asistimos a un “momento populista”, dice, con expresiones en la derecha y la izquierda, en un contexto de desorientación de los partidos socialdemócratas y socialistas. Surge la necesidad de que esa centroizquierda socialdemócrata y reformista devenida en social liberalismo -que debe distinguirse del socialismo liberal de Nolbero Bobbio, con más posibilidades para este último- devenga en un proyecto distinto. Frente a los avances significativos del populismo de derecha hay que oponer un “populismo de izquierda” entendido como estrategia discursiva de construcción de la frontera política entre pueblo y oligarquía. Hay que incorporar las demandas de los nuevos movimientos sociales en términos de una repolitización de la sociedad luego de años de pospolítica, posdemocracia, consensos y apelaciones al centro y las clases medias. Las esperanzas están cifradas en el Syriza en Grecia, Podemos en España, Jeremy Corbyn en Reino Unido, Jean-Luc Mélenchon y su movimiento de “la Francia Insumisa”, la Izquierda (*Die Linke*) de Alemania y el Bloque de Izquierda en Portugal, entre otros (¿el Frente Amplio y el Apruebo Dignidad en Chile?)

Lo que se propone no es una ruptura revolucionaria que acabe con las instituciones de la democracia liberal pero tampoco el reformismo gradualista de una socialdemocracia que ha sido cooptada por el capitalismo neoliberal. El populismo de izquierda supone romper con el consenso pospolítico entre la centroderecha y la centroizquierda y establecer una nueva frontera política que permita un movimiento de radicalización de la democracia y un nuevo orden hegemónico que restablezca la articulación entre liberalismo y democracia negada por el neoliberalismo.

Si hemos de definir el populismo “como una forma límite del proyecto democrático”, como lo hace Pierre Rosanvallon (“El siglo del populismo”, Galaxia Gutenberg, p. 23), entonces habrá que ver si el proyecto refundacional

del Apruebo Dignidad se desplegará del lado de fuera o de dentro de los límites de la democracia liberal o representativa y su correlato de derechos individuales y estado de derecho. El presidente electo, Gabriel Boric, y su gobierno enfrentan un enorme desafío: cómo conciliar la impronta reformista y socialdemócrata que lo condujo al triunfo en la segunda vuelta electoral con una coalición como el Apruebo Dignidad en cuyo ADN está la impronta refundacional en modo de populismo de izquierda. El primer partido se juega de aquí a septiembre en el trabajo de la Convención Constitucional, la que cuenta con una clara hegemonía del Apruebo Dignidad (PC y Frente Amplio) y las fuerzas que se ubican a su izquierda como la ex Lista del Pueblo, lista de los movimientos sociales y de escaños reservados. En esa conformación las fuerzas de centroizquierda -y para qué decir las de derecha o centroderecha- son más bien marginales, con muy pocas posibilidades de influir. Si la deriva reformista y socialdemócrata se jugará principalmente en el gobierno -especialmente en consideración al relativo equilibrio político entre fuerzas de gobierno y oposición en el parlamento-, el impulso refundacional se jugará principalmente en la Convención Constitucional. Lo que está claro es que en los primeros seis meses del gobierno, coincidiendo con el fin del trabajo de la Convención -previsto para el 4 de julio, con un plebiscito de salida fijado para sesenta días después- estas dos lógicas entrarán en tensión. Habrá que ver qué tipo de arbitraje logrará ejercer el presidente electo, Gabriel Boric, en su doble calidad de jefe de gobierno y líder de la coalición. Habrá que ver qué gravitación tendrá el componente de “socialismo democrático” (PS-PPD-PRSD) en esa nueva conformación política compuesta por dos coaliciones. Habrá que ver, en fin, hasta qué punto la deriva refundacional y el populismo de izquierda que está en el ADN del Apruebo Dignidad logra imponerse sobre el proyecto de la centro-izquierda, reformista y socialdemócrata en la conformación de una nueva fuerza hegemónica que logre dejar atrás los despojos de la historia y abrir paso a la imaginación política en torno al hito fundacional de una nueva Constitución.

**PLATAFORMA
DEMOCRÁTICA**

FUNDAÇÃO FHC
CENTRO EDELSTEIN

PLATAFORMADEMOCRATICA.ORG

